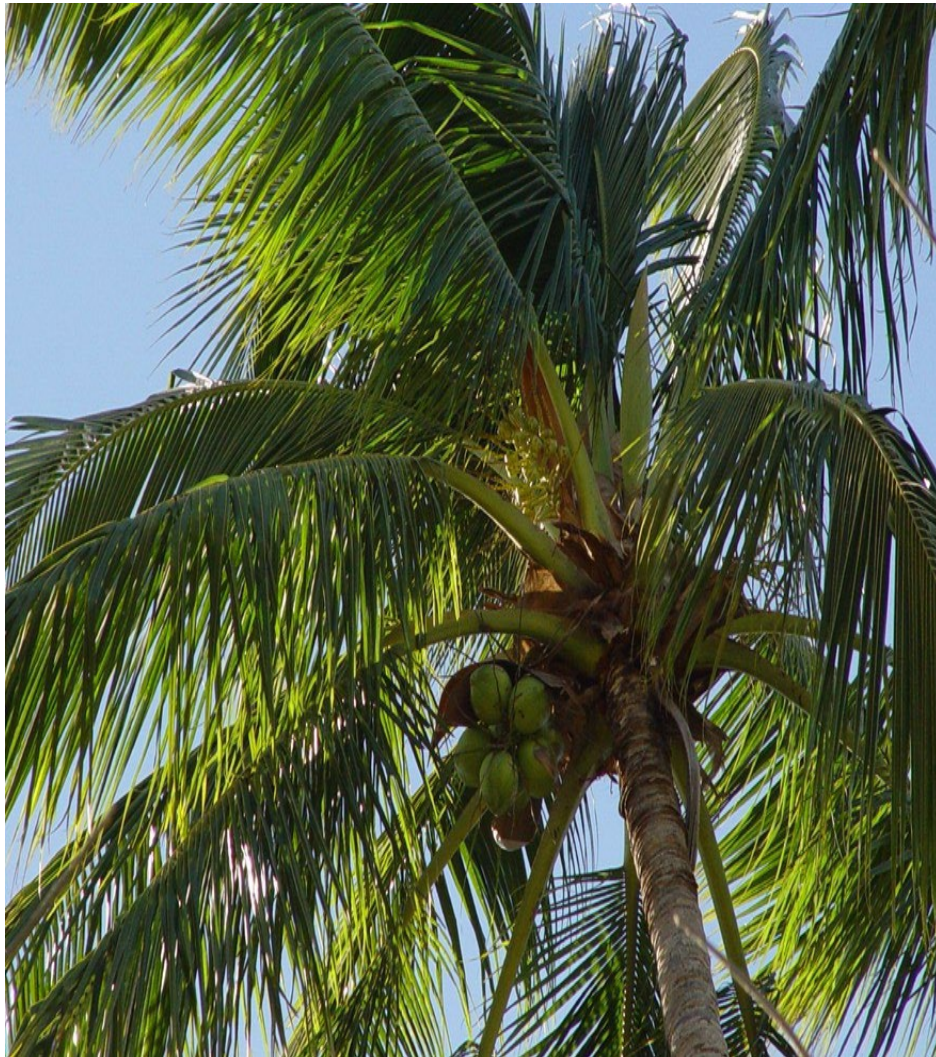


ANACRISTINA ROSSI



LA LOCA DE GANDOCA

EDITORIAL LEGADO

*Para Roxana Salazar
y Lenin Corrales*

*“Oye bien, hijita mía, palomita mía:
no es lugar de bienestar en la tierra, no
hay alegría, no hay felicidad. Se dice
que la tierra es lugar de alegría penosa,
de alegría que punza.”*

Palabras del padre náhuatl a su hija,
CÓDICE FLORENTINO

Odiabas los boleros, Carlos Manuel¹. Y sin embargo, *como en un sueño, sin yo esperarlo, te me acercaste.*

Apenas te conozco. Llegué hace unos meses de Europa, sola y con un hijo. Estoy trabajando provisionalmente con mi hermano en una agencia naviera y vos sos el gerente de operaciones. Es un Miércoles Santo, casi no hay nadie en la agencia, se presentan problemas y ambos tenemos que viajar a Puerto Limón.

Hace un calor aplastante y estamos en el muelle revisando los papeles del barco, el M.N. Clipper Tiger. El capitán del Clipper Tiger se mesa el cabello porque no le dan el zarpe y lo esperan con urgencia en Santo Tomás. Vos maldecís a la autoridad portuaria y yo trato de contactar a mi hermano. Al cabo de varias horas de correr entre muelles y oficinas molestando a los afrocaribeños, descubrimos que fue un pequeño error de JAPDEVA, entidad que regula el vaivén de los barcos. Inmediatamente logramos el zarpe.

BLACKDEVA, decís. Te acercás. Con esos ojos inmensos verdeamarillos, sombreados de espesas y largas pestañas. Toda la tarde he estado pensando que uno puede hacer locuras por esos ojos. Venís a comunicarme en voz baja que el Clipper Tiger se va y que por hoy nuestro trabajo está terminado. Yo supongo que tu esposa te está esperando en algún sitio y me apresto a decirte adiós. Pero agregás inesperadamente: «Daniela, por favor, venite conmigo.» «¿Adónde?» «Al lugar más hermoso que hay en el mundo.»

Detuviste el automóvil, me quitaste el pelo de la cara y me alzaste. Buscaste paso entre el sajal y el yolillo. Pasado el yolillo me pusiste descalza en la arena de oro. Te arrodillaste sobre la vegetación de la playa y dijiste: «Daniela, Daniela, por culpa tuya me estoy muriendo de amor.»

De esa primera vez recuerdo lo húmedo, el olor delicioso de tus axilas, la empapada ondulación del zacate de mar. Me presentaste a la señora del Atlántico, aquí y en cualquier sitio Yemanyá de Benín: «Yemanyá, ella es tu hija. Protegémela siempre, Yemanyá.» Después te volviste hacia mí: «Yemanyá acepta pero dice que ya no podrás nunca cortarte el pelo.» Yemanyá exigía el pelo largo y vos también, la diosa por una cuestión de rito ancestral y vos porque te excitaba hacer el amor. Dios mío, cómo te excitaba mi pelo largo.

Me contaste de Brasil y que en Bahía los sabios te habían iniciado con sangre de pollo, que siempre te había gustado vivir entre negros.

De esa primera vez sé una cosa: que fue el día más feliz de mi existencia.

En trámites llenos de furia y ruido social rompiste con tu pasado. Y sellamos nuestra unión en ese mar, el sitio más hermoso sobre la tierra.

El sitio más hermoso sobre la tierra era de los negros, era de los indios, era Talamanca, allá me llevaste.

¹ Nota de la autora: los personajes de esta historia son imaginarios. Cualquier parecido con la realidad sería fortuito.

—Ey, señor, ¿usted podría decirme por qué nadie responde en la Oficina de Vida Silvestre? Necesito una información sobre el Refugio de Vida Silvestre de Gandoca.

—Ah, mire: eso lo administra ahora el Sistema de Parques.

—¡Qué extraño! ¿Los santuarios de vida silvestre no los administra la Oficina de Vida Silvestre?

El empleado del Ministerio se alzó de hombros. Le di las gracias y salí.

—¿Éste es el Departamento Legal del Sistema de Parques?

—Así es. ¿Qué se le ofrece, señora?

—¿Ustedes están administrando el Refugio de Vida Silvestre de Gandoca?

—Sí.

—¿Por qué? Los Refugios no son Parques.

—Es una decisión tomada a muy alto nivel. Yo no puedo explicársela.

—Pero ¿cambiaron las leyes sobre los refugios para que los administre el Sistema de Parques?

—No, me parece que no.

—¿Podría darme una copia de las leyes y decretos que rigen el Refugio de Gandoca?

—Estee... espérese. Voy a averiguar. Siéntese, siéntese.

El abogado salió de la oficina. Me eché hacia atrás en la silla y suspiré. Al cabo de un rato asomó la cabeza y dijo: «Deme un chancecito, es que no los encuentro». Esperé cerca de media hora más. Volvió con otro funcionario, muy joven.

—Mire, desafortunadamente en esta oficina no tenemos las leyes.

—Bueno, pero habrá alguien que me pueda explicar qué cambios se han producido en la legislación. Es que antes, el Administrador del Refugio con costos permitía que se construyeran casas y de un tiempo para acá amanecen los árboles talados, se levantan hoteles y cabinas sin ton ni son y echan las aguas cloacales y la basura en las playas y ríos.

—Voy a hacerle la consulta a la Jefe del Departamento Legal.

Ambos salieron y me dejaron sola en la oficina.

Al rato entró de nuevo el abogado pero sin el funcionario joven.

—Mire, dice la Jefe del Departamento Legal que no ha cambiado nada en la legislación.

—Si las leyes son las mismas ¿por qué nadie está ejerciendo controles?

—Es que es un Refugio con propiedad privada.

—Ya sé, pero los propietarios saben desde hace años que allí la propiedad privada tiene ciertas limitaciones para proteger la vida silvestre.

—No. La propiedad privada es la propiedad privada. No se puede limitar.

—¡Pero se puede regular! Vea un ejemplo: suponga que yo tengo un lote en un barrio residencial y decido construir en él una central atómica. Obviamente no me dejarán.

—Pues a lo mejor la tienen que dejar. La propiedad privada manda.

—Bueno, otro día me explica eso. Por el momento nada más deseo ver las leyes y decretos del santuario de Gandoca.

—Pregunte en la Oficina de Vida Silvestre. Ya le indiqué que en el Departamento Legal no los tenemos.

—Y yo ya le indiqué que en Vida Silvestre no hay nadie.

—Vaya a averiguarlo personalmente, esa oficina está cerca.

En eso el funcionario más joven entró, disimuladamente me tomó de un brazo y me dijo, bajito:

—Hagamos una cosa: escríbale una cartita con todas esas dudas al Director del Sistema de Parques.

En Vida Silvestre las leyes y decretos no aparecían. Al cabo de una hora un tipo amable los encontró y me los entregó: «Les saca una fotocopia y me los devuelve».

En el Decreto decía que la finalidad primordial del Refugio Gandoca era proteger la vida silvestre y que los interesados en desarrollar un proyecto turístico debía presentar un estudio de impacto ambiental. No decía nada sobre el tipo de turismo a desarrollarse. ¿Se sobrentendía que debía ser un tipo de turismo que no contraviniera la finalidad primordial del Refugio, es decir, que no dañara la vida silvestre? ¿Qué es vida silvestre? ¿La arena dorada y las plantas fósiles son vida silvestre? ¿Es vida silvestre el mareante olor de los lirios salvajes? ¿El silencio de las cinco, previo al concierto de pájaros, también? ¿Y el silencio nocturno?

Llegué a la casa ansiosa y confundida.

Ya va a amanecer. Lo sé por el pájaro. El pájaro empieza tit... tit... tit... tit... tit, tit, como un dínamo que se echa a andar y cuando está a toda máquina, para bruscamente y hace fffffffuuu, fffffffuuu, fffffffuuu. Cuando el pájaro hace eso es que va a amanecer. Está amaneciendo. Salgo de la cama y voy.

Me gusta salir al amanecer porque es como el primer día de la creación, la extensión de agua y la extensión de cielo se van separando. Las garzas azules se lavan las patas. El mar está tibio como las sábanas que acabo de dejar, tibio como tus brazos, tibio y salvaje mar del Refugio Gandoca lleno de esponjas rojas y corales de fuego.

Vos me trajiste aquí. Me raptaste, Carlos Manuel, para darme una lección completa sobre el amor y sobre la función espiritual de la luz. Yo amaba desde la infancia la lluvia y la selva. Vos me enseñaste que llueve y hay selva en el fondo del mar.

Esto que me sucede ahora es, entonces, culpa tuya. Porque me diste el amor y la belleza y después me dejaste sola. Sola como ahora que voy caminando descalza hacia Playa Chiquita rejuntando el exoesqueleto blanco de los erizos. Oigo quebrarse las olas en el horizonte y el agua va adquiriendo la textura del vidrio esmerilado. Sale el sol. En la humedad de los majaguas y los árboles de uva, sueño. Vos me trajiste a este lugar y después me dejaste hablando sola entre los árboles de saragundi.

Escribí la cartita al Director de Parques. El Director nunca me respondió pero mandó a decirme con otro funcionario: «Respecto al Refugio Gandoca debe hablar con Sergei Domeniev, tome, aquí tiene el número.» En ese momento yo no sabía que los funcionarios públicos tenían la obligación de contestar por escrito. No conocía mis derechos como ciudadana y me conformé con la respuesta verbal del Director.

Buscar al célebre Sergei fue una tortura pues nunca estaba disponible y no se dignaba devolverme las llamadas. Cuando por fin lo tuve en el teléfono me dijo: «Es grave lo que ocurre. Venga a mi oficina y le muestro.»

Era una oficina de la Sociedad de Estados Americanos. ¿Qué tiene que ver la SEA con el Refugio Gandoca? le pregunté. «Soy el Director Regional de la Reserva de la Biosfera, un proyecto de la SEA, binacional, Panamá y Costa Rica. El Sistema de Parques nos pidió que le ayudáramos a administrar el Refugio Gandoca porque ahora es parte de la Reserva de la Biosfera, declarada por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad.»

—¿El Refugio Gandoca es ahora patrimonio de la humanidad?

—Prácticamente.

—Mire, Sergei, en ese Patrimonio de la Humanidad están ocurriendo cosas muy graves. Vea esto: detrás de mi casita, en la playa del Árbol de Uva, de pronto una señora francesa va a hacer dieciséis cabinas, un restaurante y una «*discotheque*». Al lado de ella están las ocho cabinas de don Wallis Black. Al lado de don Wallis otro inversionista está construyendo veinte cabinas y al frente otra compañía proyecta construir cuarenta. Junto a esas cuarenta un canadiense quiere construir un hotel de doscientas habitaciones. Todo esto en un diámetro de ochocientos metros. Con tanta gente la vida silvestre va a huir.

—Eso no es nada comparado con lo que ya se está tramitando aquí. Mire qué hotel, también en la Playa del Árbol de Uva.

Sergei extendió los planos sobre su escritorio.

Observé los planos detenidamente y le pedí que me diera todos los documentos que tuviese al respecto. Me los dio y permitió que los estudiara un rato, con calma.

Cuando terminé, le dije muy sorprendida:

—Este proyecto no es un hotel. Es una urbanización. Mire: sesenta lotes, calles, condominios, un centro comercial, salón de belleza, salón de té, discotecas, hasta salón de patines probablemente. Además noventa bungalows, canchas de tenis, vea... no sé por

qué, se me hace que el salón de patines es en hielo. En dos palabras, Miami en el Refugio.

Sergei se alzó de hombros. Musitó:

—Ellos lo han presentado como un hotel.

—¿Quiénes son «ellos»?

—La compañía «Ecodólars S.A.», unos italianos. El arquitecto y los ingenieros del proyecto son costarricenses de buena sociedad y mucho poder. Nadie puede pararlos. Cumplen con todos los requisitos.

—¿Cuáles requisitos?

—Los que estipula el Reglamento del Refugio Gandoca para desarrollo turístico. Sólo falta el estudio de impacto ambiental.

—Si falta el estudio de impacto ambiental ¿cómo puede usted decir que cumplen con todos los requisitos?

Corrí a hablar con un abogado. Me explicó que según la Ley de Zona Marítimo Terrestre, para otorgar concesiones y construir hoteles en una playa turística era requisito previo elaborar un Plan Regulador. Ese Plan Regulador establecía qué, dónde, cómo y cuánto se construía. Pero que según una interpretación del Artículo 73, esa Ley no se aplicaba a las playas de los Refugios, por lo que tampoco se aplicaba la exigencia del Plan Regulador. Le dije que claro, se excluían las playas de los santuarios en el entendido de que allí se aplicaban regulaciones distintas, probablemente más severas o extensas. Él me dijo que sí, que por supuesto, pero que eso lo deducía yo, en realidad no constaba en ningún lado y por lo tanto no era una obligación legal. No es una obligación según el texto de la ley, pero sí es una obligación según el espíritu de la ley, ¿no es verdad? Se alzó de hombros. ¿Y la vida silvestre? le pregunté. El abogado se alzó de hombros de nuevo.

¿Y la vida silvestre? ¿Las tortugas marinas que dependen de los verdes repastos babosos? ¿El manglar? ¿Las esponjas de todos los colores, las algas? ¿El olor embriagante de las flores al caer el sol? ¿Las impomeas, los lirios, las anonas de mar, los yolillales, los pantanos, los sajales, los cativos, los sangríos, los cedros machos, las orquídeas, los tepezcuintles, los osos mieleros, los manatís? ¿Los criques que salen al mar por una boca distinta cada vez que llueve?

Mi hijo mayor acecha el manatí como acechan en Escocia al monstruo de Loch Ness, por eso adora meterse en los ríos del Refugio. Esos ríos se llaman *creeks* en *mecatelia*, el dialecto local. En Ernesto Creek, un hombre con el trasero pelado defeca en la límpida belleza. Defeca en el agua en que minutos antes nadara mi hijo. Con sus inmensas nalgas al aire, a la vista y paciencia de los que pasamos. Los excrementos flojos caen al agua transparente de Ernesto Creek. Mi hijo vuelve la cara, herido. Yo continúo viendo. El hombre trae un rollo de papel higiénico. Desenrolla un poco y se limpia bien. Arroja el papel sucio a las maravillosas aguas de Ernesto Creek. Se limpia varias veces.

Va echando los puños de papel lleno de mierda al Creek. Hasta que un cambio de brisa me trae el hedor de lo que está haciendo. Le digo a mi hijo: corramos.

El Ministro era el antiguo gerente de la Chunchi Cola, pero el Viceministro había sido un famoso conservacionista, uno de los fundadores del Sistema de Parques. Con mucha dificultad conseguí que me diera una cita. Al mes me dio una cita de cinco minutos. Le dije –sin respirar para que me alcanzaran los cinco minutos: «Señor Viceministro, tengo mucho dolor porque los inversionistas están destruyendo esa zona, ¿cómo es posible que en un Refugio de Vida Silvestre no haya una disposición que les diga a las personas cómo construir? ¿Cómo es posible que en una zona protegida no se exija *nada*?» El Viceministro miró el reloj, asintió con la cabeza, levantó una mano, dijo: «Me han dicho que ese Refugio está demasiado alterado. Que ya no vale la pena protegerlo. Mucho gusto, señora, adiós.»

Ya no vale la pena protegerlo. Es mi secreto sellado caminar al amanecer por la selva sumida en la humedad y el silencio. La lluvia ha cambiado de sitio la arena, los ríos, los árboles, las piedras. Las flores verdes del bosque entran en el mar.

Entro en el mar por las flores. Me sumerjo despacio hasta un mundo mudo, radiante. Pero siento que me voy a desvanecer. Es que salí antes del desayuno y bucear con el estómago vacío es peligroso. Estoy lejos de la orilla y muy débil. Le digo humildemente a la señora del Atlántico que no me he cortado el pelo desde aquel día y se extiende en sus regazos largo y ondulado. Me entrego, extenuada. Las olas mecen, empujan, todo lo que flota a la deriva en este mar aparece depositado en la playa.

He sido depositada agotada y laxa sobre la arena de oro. Una manada de congos baja de los árboles a observarme. La que más me mira es una mona. Se soba mucho el vientre: está embarazada. Me levanto y empiezo a caminar despacito. Una familia ha entrado hasta la arena con un *camper*. El padre de familia saca un machete y concienzudamente corta cuatro, cinco, seis árboles de uva de mar y empieza a volarle machetazos a un icaco. Ey, señor, grito, esto es un Refugio de Vida Silvestre, ¿qué hace? «No se meta, vieja loca» responde amenazándome con el machete. Su esposa lo mira con aprobación y va desdoblado una tienda de campaña. El hombre la emprende ahora con un majagua. Luego entre él y la esposa apartan las ramas taladas, los troncos, los árboles caídos. Olvido que estoy débil y me quedo viéndolos. En el pedazo pelado levantan la tienda y hacen una fogata. Salen dos niños del camper. «Ya no vale la pena proteger ese lugar», dijo el Viceministro.

Le escribí una carta al Viceministro. Le dije que en mi opinión el Refugio Gandoca seguía siendo un santuario y que había que protegerlo para los costarricenses y para la humanidad. Que si tenían veleidades de no protegerlo y deseaban adjudicarle una vocación turística entonces debían planificarlo, porque el desarrollo sin planificación era asesinato. Que urbanizarlo también era asesinarlo y que los planos que habían presentado los italianos eran muy claros en cuanto a su intención: talar *toda* la selva, secarla y construir. Que yo había revisado bien la normativa vigente y había comprobado que en

estos momentos el Ministerio estaba violando el artículo 2 de la Ley Forestal, el artículo 18 de la Ley de Vida Silvestre, los artículos 10 y 9 del Decreto de Reglamento del Refugio y el artículo 1 del Decreto de Creación del Refugio.

Le escribí al Viceministro una carta llena de sentido común y de pasión.

A raíz de esa carta me llamó ella. Ella, con esa voz ronca y perentoria. Ella, Ana Luisa. No sé por qué cuando la vi pensé que debía llamarse en francés: *Anne Louis*. Y cuando sonrió pensé que su encanto estaba en lo irregular de sus dientes, *ses dents bousculées*.

—Tu carta al Viceministro es excelente y yo voy a ayudarte. Primero tenés que contactar al eminente biólogo Álvaro Cienfuegos. Su autoridad científica es incuestionable. Si él nos proporciona los criterios técnicos para defender los recursos del Refugio, el Viceministro los tiene que defender.

—¿Cómo hago?

—Te he dado un proyecto dentro de mi Programa de Protección de Especies en Peligro. Te va a sonar a partido de fútbol pero se llama «Defensa del Refugio Gandoca».

—Gracias, Ana Luisa.

—De nada, es por el país. ¿Te gusta mucho el mar?

—Me gusta tanto el mar. *Ese mar*.

Hay mares lisos de un azul índigo uniforme, mares perfectos como el Océano Pacífico. Hay mares con veinte metros de transparencia, como el Caribe en San Blas. El mar del Refugio Gandoca es una cosa distinta.

No es un mar de buceo porque pasa revuelto diez meses al año. No es azul, tiene un alma cambiante, ora verde, ora violeta, ora gris. No se le puede ofrecer al turista tradicional que mide el éxito de sus vacaciones por el bronceado, porque muchas veces llueve y no hay sol. Yo lo conozco bien y sé que no es un mar sino un lugar interior, un temperamento, una importante etapa en el conocimiento de sí. Sentarse en las playas del Refugio Gandoca es trascenderlo todo, incluso su propia arbitraria belleza, sus flores y sus algas, eternas, perfumadas, putrescibles.

A este mar me trajiste, Carlos Manuel, para que oyera alzarse su voz de aves y olas y viera por la tarde pastar las tortugas. Nos hundíamos hasta la rodilla en el barro y en la trama difícil del humedal para llegar a la playa y a nuestro lote. Levantamos la casita discretamente, llevando los materiales al hombro, casi sin cortar nada, tratando de no destruir. Te sentabas con Wallis Black a hacer cuentas: tanto de la madera, tanto del acarreo con el burro de Paco. Empezaste a levantar la casita con Owen, el hermano de Wallis. Siempre te entendiste bien con ellos. Demasiado tarde supe que te sentías como ellos, segregado, negro, disidente, rechazado por la alta sociedad. Demasiado tarde vi que bajo tus apellidos de alcurnia se escondía un negro insatisfecho, marginado, evasivo, proclive a ahogar sus penas en el alcohol. Siempre te entendiste bien con ellos y yo, por muchos años, no me hice preguntas. Por muchos años simplemente observaba orgullosa

que eras un hombre afin a la vida de esas comunidades pesqueras y autárquicas que convivían en paz con la vida silvestre.

Ambos éramos afines a ese lugar de negros por razones distintas, casi opuestas, pero esa oposición la vi demasiado tarde.

El Refugio Gandoca era un sitio perfecto, nuestro sitio sagrado, y por ende, la belleza que nos proporcionaba tenía que ser eterna, como nuestro amor.

Entré en el Instituto de Ciencias del Mar. Tenía una cita con Álvaro Cienfuegos, el primer especialista en arrecifes coralinos del país. Álvaro, un hombre delgado de pocas palabras.

—Buenos días, Álvaro, voy a presentarme. Me llamo Daniela Zermat y trabajo en el Ministerio, en un proyecto que se llama Defensa del Refugio Gandoca. Mi jefe es Ana Luisa, la Directora del Programa de Especies en Peligro. Ella me dijo que usted ha estudiado bastante los arrecifes coralinos del Refugio y conoce su valor.

—Encantado, pase. Sí, los arrecifes de Gandoca son únicos, realmente extraordinarios. Los científicos apenas estamos empezando a estudiar y ya estamos cautivados por la biodiversidad que presentan.

—Pero en el Ministerio se dice que ese Refugio ya no vale la pena.

—¿Qué? ¡Están locos!

—Por otro lado, hay en trámite proyectos para urbanizarlo, cortando *todos* los árboles.

—En el Ministerio saben que la protección de un arrecife empieza por los árboles. Repítame: ¿qué quieren hacer?

—Quieren urbanizar el Refugio. Ya están talando posesiones frente al mar para hacer cabinas, muchísimas, sin ton ni son.

—Sí, los biólogos estábamos muy preocupados por el aceleramiento de las actividades informales que últimamente...

—Son informales porque el Ministerio ahora se niega a ejercer los controles mínimos.

—Claro, los biólogos estamos preocupados porque ya no vemos los controles. ¿Por qué no los ejercen?

—Dicen que no pueden porque en ese Refugio existe propiedad privada.

—Siempre ha existido propiedad privada y antes sí regulaban las actividades.

—Ahora el tipo de propietarios es diferente. Tal vez por eso no los quieren controlar.

—Sí, hemos visto mucho automóvil elegante llegar a esas playas últimamente.

—Además, pasean la administración del Refugio de oficina en oficina: se lo quitaron a Vida Silvestre para dárselo a Parques. Ahora Parques se lo pasó a la Reserva de la Biosfera. Y para allá vamos inmediatamente, Álvaro, si usted me permite.

Agarré del brazo a la eminencia y me la llevé a la oficina de Sergei. Le enseñé los planos de la Compañía «Ecodólares». Los examinó conmigo, detenidamente. Conforme revisaba los demás documentos la expresión de su rostro se ensombrecía.

Álvaro regresó mustio al Instituto, pensando en las cartas científicas que iba a enviar. Yo pedí a Sergei los planos de la Compañía «Ecodólares» –documentos públicos– y salí a fotocopiarlos. Regresaba a la oficina de la Sociedad de Estados Americanos con el motete de planos bajo el brazo cuando un muchacho –se presentó como un asesor legal de Vida Silvestre– anunció que venía por orden del Ministro a llevarse todos los expedientes del Refugio Gandoca. Que el Ministro decía que nada tenían que hacer allí, en una oficina internacional, esos expedientes. Sergei, visiblemente molesto, trató de detenerlo.

—Caballero, el Refugio es parte de la Reserva de la Biosfera, por eso la SEA...

—Yo no sé nada de eso, sólo sé que el Ministro dio orden de trasladarlo todo de nuevo a la oficina de Vida Silvestre, como dice la ley.

Entregué al abogado los planos originales. Él se despidió después de cargar los expedientes en brazos de un ayudante que casi se desmaya bajo el peso, pero lo siguió dócil, jadeando.

Sergei y yo nos quedamos estupefactos. Al cabo de un rato él reaccionó y exclamó: «Me pregunto qué se esconde detrás de todo esto.»

—En el Ministerio no quieren defender el Refugio Gandoca. Desean entregarlo a los inversionistas. Ya hasta lo tienen convencido a usted.

—¿Convencido de qué?

—De que es imposible parar a los italianos, usted me lo anunció de entrada cuando me enseñó los planos por primera vez.

—Sí, es verdad, me parece difícil detenerlos.

—Dichosamente Ana Luisa convenció al Viceministro de darme un chance.

—¿Y cuál es ese famoso chance que le dio a usted el Viceministro? –preguntó con sorna.

—Reunir los estudios técnicos que prueben el valor biológico del sitio. Con esos documentos en la mano el Viceministro –según Ana Luisa– puede defenderlo. O planificar.

—Ya hay estudios técnicos.

—El Viceministro considera que no son suficientes.

—Pero el que se llevó los expedientes fue el Ministro, no el Viceministro, murmuró Sergei, ¿qué tiene que ver el Ministro con todo esto?

Los hermanos de Wallis Black son diecisiete. Dieciocho afrocaribeños de ojos claros. Dicen que te aprecian desde hace quince años cuando ejercías como antropólogo y viniste a trabajar aquí y a vivir con ellos secretamente, Carlos Manuel.

Uno de los hermanos mayores de Wallis Black está frente al mar a horcajadas sobre un tronco, tallándolo. Me siento con los chiquitos a verlo horadar la madera. Mi hijo mayor descubre que está haciendo un bote. Se queda viéndolo trabajar horas y horas. De rato en rato levanta la cabecita y observa las águilas pescadoras volar contra el cielo.

Al poco tiempo el bote ha salido del tronco del árbol. Los niños piden al hermano de Wallis que vayamos en ese bote al coral. Es un verano quieto y dulce.

Es un verano dulce como la amapola. Me gusta sacar el agua del pozo, llevarla a la casa en un botijo. Me gusta que no haya electricidad y que las actividades deban acomodarse al horario del sol. Somos inmensamente felices, Carlos Manuel, y la felicidad excesiva punza. Te amo con un amor hirviente, desmesurado.

Es la canícula del mes de julio y camino con nuestros hijos por el bordemar rejuntando erizos secos para hacer un móvil mientras vos estás ocupado con Wallis en cosas de la casa, cosas del lugar. Uno de los chicos pregunta ¿dónde está papi?

Recuerdo ese verano como el punto más alto y perfecto de todos nuestros años de vida en común. Habían florecido los sangríos y el suelo estaba lleno de flores amarillas. También habían florecido las ipomeas y una alfombra apretada y multicolor cubría la arena. Las orquídeas se abrían en los cocoteros y detrás de la playa, antes del yolillal, la blanca multitud de los lirios salvajes perfumaba el silencio marino. Unos negros pasaron con sus mulas dejando huellas redondas en las que los niños metieron los pies. Luego topamos con una comitiva de indios de los que no hablan en castellano. Pensé que durante siglos, indios y negros habían mantenido intacto ese litoral. Y en ese instante tuve la horrenda certeza de que vos y yo, Carlos, los diecisiete hermanos de Wallis y Wallis – cuyos padres habían nacido y vivido y amado en esa costa y bautizado en mecatelia sus maravillas– estábamos exactamente al comienzo de una profanación.

Sentí tu boca y el aroma embriagante de una flor del ilang ilang que traías en la mano. Dijiste, «para vos». Dijiste, «te quiero».

—No, Carlos Manuel, que allí están los niños.

—Entonces en el mar.

En el mar de cristales cambiantes como un calidoscopio que siempre recomienza.

Acostarse en el mar. Los verdes lechos tibios de *thalassia*.

Ser penetrada hasta el fondo por el mar Caribe cuando el amor alcanza los confines del trópico en un hechizo verde de estuarios quietados y palmeras que crecen al revés.

Sentada en tus piernas, mecida en tus brazos por el oleaje residual de la pasión me atreví a preguntarte:

—¿Cuánto va a durar esto, Carlos?

—¿Te referís a cuánto va a durar nuestro amor?

—Sí, nuestro amor, la felicidad, esta playa perfecta, el olor de las flores salvajes?

—Va a durar siempre, ñatica. Cuando estemos viejitos vendremos aquí a calentar nuestros huesos. Te prometo y te juro que estaré a tu lado hasta que me muera.

Hundirse en los verdes repastos marinos, en lechos de esponjas, en tu voz ronca y grave que se queda vibrando. Pero el estruendo de una ola sobre el arrecife la apaga.

—«Ahora tenés que conseguir fondos para tu proyecto de Defensa del Refugio», me dijo Ana Luisa. «Fondos para pagar los estudios técnicos. Hay cinco países europeos que están donando mucho dinero para conservación».

Armada del puesto que en el Ministerio me ha dado Ana Luisa con el aval del Viceministro, voy a la embajada de uno de los países donantes. Orgullosa presento mi proyecto para defender el Refugio Gandoca. Solicito fondos para los estudios técnicos. El embajador me concede una cita.

Es un hombre alto, rubio y agradable. Estoy sentada frente a él, en la salita de su oficina. Tiene en sus manos el Reglamento del Refugio Gandoca, que yo le envié.

—Mucho gusto, señora. Entonces usted trabaja en el Ministerio.

—Sí, señor.

—Y desea defender el Refugio Gandoca.

—Eso es.

—Y desea que nuestro país le ayude con fondos.

—Sí señor, para los estudios técnicos. Si no pueden dar fondos, tal vez podrían brindarme apoyo científico.

—Bueno, quisiera saber algunas cosas. Aquí en este Decreto están todas las razones técnicas que justifican la creación de ese Refugio.

—Sí, es verdad.

—El Refugio se creó hace seis años con base en una serie de estudios científicos.

—Sí señor.

—Aquí hay una lista de los recursos que se están protegiendo con su decreto de creación. ¿Por qué hay que volver a hacer los estudios?

—Así lo exige el Viceministro.

—Pero, ¿por qué? ¿Supone el Viceministro que los estudios que dieron pie a la creación del Refugio estuvieron mal hechos?

—No creo. Más bien supone que de la creación del Refugio a esta parte los recursos se han deteriorado excesivamente.

—¿Y es cierto?

—Excesivamente no. Pero sí se están deteriorando muy rápido. De ahí mi interés en que se proteja ¡ya!

—Mmmm... Bueno, voy a estudiar su proyecto y dentro de unas semanas le avisaremos.

—Gracias infinitas, Señor Embajador.

—Mamá, ¿vio qué corales más chivas? Hay de los rojos, de los anaranjados...

—Sí, mi amor, pero no te alejés tanto. En el arrecife hay unas entradas y por ahí se meten los tiburones.

—¡Papá y yo vimos una mantarraya gavilana, blanca con puntitos negros!

—Yo vi una mujer, más grande, así.

—Yo vi un timburil.

—Yo de los azules, de los morados y de los amarillos con un falso ojo.

—Los de falso ojo se llaman pez ángel.

Hemos buceado durante horas en el arrecife. El sol brilló sin nubes el día entero. Ahora cae la tarde y avanzan las sombras por los predios del mar. Es tiempo de regresar a casa.

La noche se nos viene encima mientras cruzamos la arena. La espesa noche está agujereada. Hay como huecos en la tela oscura. Son carbunclos.

Iluminan tanto la casa con su resplandor verde que no hay necesidad de prender candelas.

Pero esa misma noche de resplandor verde me desperté angustiada por un canto tristísimo. El pájaro cantó solamente dos veces y fue suficiente para desgarrarme. Vos también lo oíste, Carlos Manuel. Te pregunté asustada ¿qué pájaro es? No sé, dijiste, nunca lo había oído, se parece a un curré pero no es un curré.

Cantó una vez más, llorando, como quejándose de un dolor espantoso.

Te abracé con violencia para hacer un escudo ante el dolor de ese pájaro. Te abracé con violencia esperando que vos me abrazaras todavía más fuerte, pero no te moviste, ya estabas otra vez en un profundo sueño.

Cuando llegaron los inversionistas, Carlos Manuel, vos y yo éramos felices y no nos inquietamos. Yo pensaba que los administradores del Refugio, aquellos que se habían hecho presentes ante la construcción de nuestra casita, esos muchachos que se encargaban de que nadie dañara el hábitat natural, detendrían las ínfulas de los extranjeros.

Los inversionistas eran personas que odiaban los barriales, los insectos, la selva y la humedad. Les molestaba hasta la alfombra azul de las ipomeas, sólo querían la extensión de arena dorada. Esas personas empezaron a comprar. Después de comprar drenaban porque odiaban los pantanos. Esparcían agroquímicos porque odiaban todo bicho, todo cangrejo. Cortaban la selva porque lo que deseaban era hacer jardines. Talaban los árboles a la vera de los ríos para construir tarimas y no ensuciarse los pies.

Hay muchas versiones sobre cómo y por qué llegaron. Unos dicen que era inevitable, que se había corrido el rumor de que las playas eran perfectas. Que tanta lindura no podía mantenerse secreta para siempre.

Otros dicen que fue el camino, que sin el camino la lindura hubiese permanecido escondida. Otros dicen que fue la codicia del hombre blanco, que los blancos les dijeron a los negros mentiras arteras: «Vendan sus fincas porque como están dentro del Refugio dentro de poco ya no va a poder explotarlas». Otros, los más racistas, dicen que los negros son así, que lo venden todo porque les gusta la plata fácil y no trabajar. Otros aún dicen que los negros vendieron porque eran muy pobres y estaban felices de tener efectivo

y poder ir por primera vez al dentista. Y por fin otros dicen que vendieron por culpa de la monilia que atacó al cacao y les quitó su único ingreso, su subsistencia.

Pasaban en vehículos tremendamente lujosos a toda velocidad, espantando gentes y animales. Se los podía ver en las pensiones de Puerto Viejo: borrachos de whisky caro y gritando hasta la madrugada. Anulaban el silencio natural con sus equipos de sonido a full y herían el lenguaje marino con el ruido ensordecedor de sus motos de playa.

Yo juraba que el administrador del Refugio los detendría.

Cuando me di cuenta de que los dueños de los BMW, de los Range Rover y Mercedes seguían y seguían y nadie los metía en cintura, compraban, talaban, drenaban, regaban toneladas de cangrejicida, cuando llegó la electricidad y empezaron a correr los rumores de que iban a cementar bien la carretera, fue demasiado tarde: ya yo estaba embebida en tu proceso, Carlos Manuel, absolutamente cerrada al mundo y volcada sobre lo que me quedaba de tu amor, sobre lo que me quedaba de tu persona, tratando de salvarlos. Fue una extraña coincidencia el que las campanadas de destrucción de esas latitudes y las campanadas de tu enfermedad sonaran al mismo tiempo. Por eso no me di cuenta de que las campanas del Refugio estaban tocando a rebato. Sólo podía oír, desesperada, chocando contra mi cráneo, las palabras de tu propia destrucción.

El Embajador me citó pronto. Fui a la cita emocionada e ilusionada.

—Usted sabe, doña Daniela, que nuestro gobierno ha dado mucho dinero a este país para la conservación. Muchos de esos dineros se han desperdiciado. Ahora estamos dando un seguimiento más estrecho a las donaciones. Estamos estudiando con más detenimiento si la donación que hacemos va a servir para algo. Ha ocurrido en el pasado que las razones políticas obstruyen el camino de los esfuerzos técnicos, por lo que el dinero invertido en esfuerzos técnicos se desperdicia. Nuestro gobierno, de ahora en adelante, quiere estar seguro de que el esfuerzo técnico que está ayudando a financiar será viable políticamente. Esto es para que el dinero y el esfuerzo no se desperdicien, ¿me entiende?

—Claro, sí señor.

—Hemos sabido que sobre el Refugio Gandoca pesan inmensas presiones económicas.

—Claro que sí, señor Embajador, yo lo suponía. Por eso es tan urgente efectuar los estudios técnicos.

—Usted sabe que las presiones económicas son presiones políticas.

—...

—No es imposible apoyar su Proyecto de Defensa del Refugio Gandoca porque es justamente uno de esos casos en que los esfuerzos técnicos se verán anulados muy probablemente por presiones políticas. Usted comprenderá nuestra posición.

Sentí una vergüenza terrible.

En la noche llamé a Ana Luisa y le conté el resultado de mis gestiones ante la Embajada. Ana Luisa calló un rato en el teléfono y luego me dijo que no me desanimara.

Al día siguiente me llamó para contarme que Álvaro Cienfuegos le había enviado al Viceministro varios estudios sobre los arrecifes coralinos de Gandoca, con una copia para mí.

Los estudios de Álvaro eran casi poéticos. Hablaban de los arrecifes fósiles, de los arrecifes vivos, de las esponjas en su frágil e inmensa variedad. Hablaban de moluscos excepcionales y decían que por ejemplo de sesenta especies nuevas de algas descubiertas en nuestro país, el noventa por ciento eran del Refugio.

Pregunté a Ana Luisa qué le había parecido esos estudios al Viceministro. En mi opinión eran más que suficientes para defender el sitio contra viento y marea. Me dijo que el Viceministro no había dicho nada.

Pasaban los días, yo no conseguía plata para los famosos estudios técnicos y el Viceministro no tomaba en cuenta los informes científicos que Álvaro le había entregado.

—No entiendo, le dije desesperada a Ana Luisa. El Viceministro pide estudios técnicos y cuando se los doy no los toma en cuenta. ¿Qué desea entonces?

—Opina que aún no es suficiente. Dice que le pidás a Álvaro Cienfuegos una propuesta de estudio integral y que consigás fondos para pagarle.

En la Playa del Árbol de Uva, Carlos Manuel, descubrí la amarga verdad de tu amor y el fin del sortilegio

En tu obsesión por no contaminar, querías perfeccionar los drenajes del tanque séptico a la luz de unas recomendaciones del ingeniero sanitario. Insististe en ir a hacer ese trabajo inmediatamente. Yo te acompañé sin los niños.

El domingo en la mañana terminaste el trabajo de piedras y palas y te pusiste a tomar cerveza. Siempre te había gustado la cerveza y yo nunca había visto en eso nada anormal. Pero cuando te vi tomar la décima antes de las doce algo en mi cuerpo se erizó como el lomo de un perro agredido.

Estabas espantosamente borracho. Nunca te había visto así. Dijiste con lengua pastosa que era una desgracia que yo fuera tan comedida para tomar, una desgracia que no me gustara el alcohol ni la vida bohemia. Yo te contesté «a vos tampoco te gusta la vida bohemia». Mi gritaste con voz deformada que sí, que habías hecho un esfuerzo para ocultármelo todos estos años porque tenías miedo de decepcionarme. Pero que ya no podías fingir más.

Te respondí que no era ninguna desgracia, que yo podía aceptarte con gustos diferentes. Miré tus increíbles ojos verdidos, rotos por el alcohol y por el desasosiego. Abriste otra cerveza.

Traté de no darle importancia al asunto y alisté las valijas, acomodé la casa, recogí las herramientas. Cuando todo estuvo listo, busqué las llaves del automóvil. No las hallé.

Vos las tenías y te carcajeabas dándome a entender que no me dejarías manejar. Cuando traté de quitarte el llavero te agarraste de la baranda de la escalera y me diste una patada en el vientre, ese vientre que había llevado a tus hijos. Caí sin aire y aprovechaste mi caída para golpearme la cara y el pecho. Cuando me levanté, trataste de derribarme de nuevo a botellazos. Pero estabas demasiado ebrio, fallaste el blanco. Huí. Todavía resuena en mi cabeza el horror de esa tarde.

Al llegar a la capital llamé a tu médico, llamé a tu hermano.

Estamos sentados los tres en el consultorio. ¿Qué es lo que tiene Carlos Manuel? preguntó. Tu hermano mira la pared, no dice nada. El doctor me pide que le describa con detalles lo que ocurrió. «Se convirtió en un asesino», digo llena de vergüenza y me echo a llorar. Por fin tu hermano habla, con voz de muerto en vida:

—Carlos Manuel era alcohólico. Digo era porque todos creíamos que se había curado.

Todavía resuena en mi cabeza el horror de aquella tarde soleada. Esa tarde se acabó para mí la belleza, se acabaron la plenitud y la ternura. Los almendros gigantes, las alfombras de ipomeas y los verdes lechos tibios de *thalassia*, el zacate de mar, dejaron de ocupar un lugar importante en mi vida. El punto medular pasó a ser la lucha contra tus fugas nocturnas, tus golpes, tu alcohol.

Álvaro Cienfuegos y otros biólogos eminentes redactaron una propuesta urgente de estudio. Llamé a Ana Luisa para contarle.

—No te alegrés mucho, Daniela. La oficina de Vida Silvestre acaba de darle el visto bueno al hotel de la Compañía «Ecodólares».

—¿La urbanización? Pero cómo, sin Plan de Manejo, sin estudio de impacto ambiental, sin planificación...

—Porque es propiedad privada, Daniela, metete eso en la cabeza, tienen un título de propiedad.

—Pero es zona marítimo terrestre, pública y restringida por ley.

—Corrieron el proyecto para atrás de la zona marítimo terrestre.

—Ésa es el área de influencia de la zona marítimo terrestre.

—Pero tienen título de propiedad.

—Ese «visto bueno» que dio Vida Silvestre viola la ley y el reglamento.

—Para aplicar la ley habría que indemnizarlos.

—Yo no puedo creer eso, Ana Luisa.

Desesperada llamé de nuevo al abogado, quien me aseguró que el caso se podía pelear. Me dio el nombre de una abogada ambientalista.

Mariana era rubia, suave y muy inteligente. Le expuse el caso y estuvo de acuerdo en que se debía pelear. Empecemos planteándole la situación al Procurador del Medio Ambiente, me aconsejó.

Le escribí una carta muy detallada al Procurador solicitando su opinión y pidiéndole consejo. Mientras tanto, presenté al Viceministro la propuesta de Álvaro Cienfuegos y los otros biólogos de la Universidad. Le pregunté a Ana Luisa.

—¿Qué dice el Viceministro de la urbanización de «Ecodólares».

¿Se da cuenta el Viceministro de que para construir esa urbanización hay que talar todos, *absolutamente todos* los árboles del terreno? ¿Sabe el Viceministro que si en el terreno de «Ecodólares» se permite talar todos los árboles para construir, habrá que permitir lo mismo en todos los terrenos? ¿Se ha dado cuenta el Viceministro de que los inversionistas europeos adoran cementar? ¿Se da cuenta el señor Viceministro de que legalmente se corre el riesgo de no dejar *ni un solo árbol* en ese Refugio?

—No fue el Viceministro quien le dio el visto bueno a ese proyecto, Daniela. Fue la oficina de Vida Silvestre.

Me fui a hablar con el jefe de Vida Silvestre. Una palabra sonaba obsesivamente en mi cabeza: prevaricato. Sonaba tan fuerte que quizá el jefe de Vida Silvestre la oyó porque después de mucho rogar accedió a recibirme. Era un hombre mayor, humilde, tímido, asustado. El abogado que había sacado los expedientes de la oficina de la SEA vino a darle apoyo. Me dijo que yo no tenía que meterme, que los encargados eran ellos, que yo tenía *hartos* a todos en el Ministerio, que *ya* dejara de molestar, que la propiedad privada, que el silencio positivo, que él no quería que los magistrados del Tribunal Constitucional le quitaran su automóvil.

—¿Por qué le van a quitar el automóvil?

—Para indemnizar a los inversionistas por daños y perjuicios, no ve que es propiedad privada, el estado no se debe meter en *nada*.

—¿Quién decidió eso?

—El Tribunal Constitucional.

—Pero también es ilegal aprobar el proyecto de «Ecodólares», le dije. El Reglamento del Refugio exige a los inversionistas presentar un estudio de impacto ambiental. Ellos no lo han presentado.

—Parece que sí, intervino el jefe.

—No es verdad. ¿Usted lo ha visto, señor jefe? ¿Usted lo estudió, lo evaluó?

El jefe de la oficina de Vida Silvestre sudaba. Cuando alzó el teléfono para llamar al Ministro le temblaban las manos.

Me dio lástima ese hombre. Salí.

—Ana Luisa, hay que empezar *ya* a hacer los estudios que pide el Viceministro. Hay que aceptar la propuesta de los biólogos cuanto antes.

—Sí, Daniela. Pero hoy en la tarde por favor dejá tus obsesiones, ponete bonita y venite conmigo a la celebración del Día del Medio Ambiente, en la Casa Presidencial.

Estaba lucida la celebración del Día del Medio Ambiente. Ana Luisa brillaba en toda su madura seducción. El Viceministro había explotado su físico apuesto y parecía una estrella de cine a pesar de su nariz desviada. Allí conocí a la Jefe del Departamento Legal del Sistema de Parques, una abogada gordita y simpática.

El Señor Presidente de la República proclamó y repitió que una de sus prioridades era la protección del ambiente, que estaba proponiendo a Costa Rica y al mundo la creación de un Nuevo Orden Ecológico Internacional.

No pude dejar de sentir esperanza al oírlo.

Luego habló el Ministro. Dijo con voz trémula que la riqueza de nuestro país era el bosque, que estaba creando dos Parques nuevos en Guanacaste y que se comprometía a velar por los recursos naturales de Costa Rica. Cuando terminó el discurso me sentía feliz. Yo sufriendo por el Refugio Gandoca y nadie me había dicho que el Ministro era mi aliado. Corrí a hablarle.

Él también se veía relajado y contento. Tenía un vaso en la mano.

—Señor Ministro, le dije emocionada, qué discurso más bueno. Usted tiene que ayudarme con el Refugio Gandoca. Soy Daniela Zermat.

—Mucho gusto, Daniela. Ya le estamos ayudando al Refugio Gandoca, llevándole progreso. Allí justamente voy a aprobar un hotel.

—Señor Ministro, no se puede aprobar ningún hotel sin plan de manejo.

—Pero si es un hotelito pequeño. ¿Qué daño va a hacer?

—Es una urbanización con discotecas, miles de calles, miles de condominios...

—No, no, es un hotelito de doscientas habitaciones. Precioso.

—¿El de «Ecodólares»?

—Claro, totalmente ecológico. Daniela, mirá, quedate tranquila.

—No, señor Ministro, es que usted no ha visto los planos bien. Van a hacer un salón de patines en hielo, varias discotecas, canchas de tenis y miles de lotes sin árboles y rellenaditos de grava. Además, hay que ver la problemática general de esa zona. Los negros van a pasar de ser propietarios a ser mucamos. Eso no es progreso.

—Mirá, Daniela, aquí entre nos, ¿en qué vas a poner a trabajar a los negros si no es de mucamos?

Rió con una risa cómplice que no encontró eco en mí. Yo volví a la carga.

—Es que no es sólo el proyecto de «Ecodólares». Hay miles más, esperando que «Ecodólares» obtenga el permiso. «Ecodólares» es la punta de la lanza. Usted tiene que actuar responsablemente en ese Refugio, Señor Ministro.

Detrás de mí escuché a Margarita, la Jefe Legal del Sistema de Parques, la gordita simpática. Decía algo así como «Esta Daniela Zermat es preciosa, verdad, hoy anda divina pero se le está yendo la mano con el Ministro».

Margarita intervino y trató de llevarme con ella para que dejara en paz al Ministro que me estaba diciendo que él no podía proteger el Refugio porque el Tribunal Constitucional había fallado a favor de la propiedad privada y en contra de la conservación, y él no deseaba que le metieran un recurso de amparo.

—¿Usted va a dejar de cumplir con su deber por miedo? Eso no es ético. Señor Ministro: ¿usted conoce la palabra deontología?

No olvidaré nunca, nunca, la mirada que tenía el Ministro cuando me dijo:

—Yo voy a aprobar ese pequeño hotel y usted no debe juzgar las decisiones de un Ministro si desea seguir trabajando en el Ministerio.

Esa noche, mientras me pongo la pijama, pienso. América Latina es tierra de tiranos. Los tiranos se caracterizan por decir, ante un objeto que es por ejemplo verde, que el objeto es azul. Castigo al que no lo vea de color azul. La compañía «Ecodólares» presenta los planos de una urbanización. El Ministro dice que esa urbanización no existe, que es un hotel. Y me amenaza con castigarme si yo sigo diciendo lo que veo en los planos.

También recordé esa noche que cuando el Ministro dijo que los negros sólo servían para ser mucamos, andaba cerca un Ministro de los Estados Unidos, un negro.

Varios días después Ana Luisa me comunicó que el Ministro estaba muy molesto por mi actitud, y que además el jefe de Vida Silvestre había quedado muy nervioso después de mi visita. Que la asesoría legal del Ministerio había decidido que en realidad la administración de los refugios de vida silvestre le correspondía a la Oficina Forestal.

—¿Van a trasladar la administración del Refugio Gandoca a *otra oficina otra vez*?

—Son decisiones legales, Daniela.

La Oficina Forestal es un lugar rarísimo. Uno entra y pide ver al Director, y entonces le preguntan ¿cuál de los dos? Porque hay un Director General continuo estatuido por ley, pero el señor Ministro opina que ese debe ser un puesto de confianza y ha creado de la nada otro Director para poder tener a mano un hombre de confianza. Entonces uno entra y ve el rótulo de siempre: Director General de la Oficina Forestal. Y en la oficina de al lado: Subdirector General de la Oficina Forestal. Pero avanza un poco más y ve un inmenso rótulo que dice *Director Superior* y al lado otra oficina con un rótulo igualmente grande que dice *Subdirector Superior*. Y entonces nadie sabe quién manda.

Allí en la Forestal supe que el Señor Ministro había encargado el caso de la compañía «Ecodólares» al *Subdirector Superior*, su hombre de confianza.

Qué angustia me produce el bordemar. Acepto ir con vos y los niños a pasar vacaciones, pero vivo acechando el momento en que te vas a escapar. Me paso

observando tus ojos, con terror de ver formarse en el iris verdeamarillo el desasosiego. Cuando decís a tus hijos que ya venís, que vas un toque a la pulpería de Wallis a comprar gaseosas, zozobro. Porque te vas al pueblo a beber y no regresás antes de varios días. Nuestros hijos preguntan ¿qué le pasa a papá?

El papá está de pésimo humor cuando no toma y cuando toma es un monstruo o se va. Mi temor es más grande en la Playa del Árbol de Uva porque esa zona ha cambiado, ahora todo el mundo construye cabinas y discotecas y restaurantes y bares y hay mil tentaciones, se consume muchísimo alcohol. El alcohol actúa en tu cerebro como veneno, me lo dijo tu médico. «Carlos Manuel no debe probar el alcohol, Daniela. No lo tolera, se psicotiza. Daniel, lo mejor que ustedes pueden hacer es separarse».

—Doctor, yo lo amo. Me pide usted que renuncie a la felicidad.

—Pero usted ya no es feliz, Daniela. Usted sufre.

—Tiene razón.

Hoy termino de tomar una decisión que me ha costado incontables noches de llanto, con la almohada en la boca para que no me oigan los chiquitos. Noches en que no dormís en la casa porque andás de rumba. Cuando llegás te lo digo. Te digo que deseo que nos separemos. Te digo, Carlos Manuel, que ya no podemos seguir juntos.

Mi sueño de amor se cae en pedazos. El hombre de mi vida desaparece. Ante mí tengo a un adicto irritable. A un enfermo que amo desesperadamente con la fuerza y la intensidad del primer día.

Te has puesto de rodillas. Decís que por favor te dé una oportunidad, una última oportunidad. Que vas a dejar el alcohol. Que vas a desintoxicarte para no perdernos, a mí y a nuestros hijos. Y como te amo desesperadamente con la fuerza y la intensidad del primer día, creo en tus palabras.

Hablo con el médico psiquiatra sobre tu tratamiento de desintoxicación. Le explico cuánto me amás y que por eso tengo ilusiones, tengo mucha esperanza. Pero tu médico calla, mueve la cabeza y al final dice que tus posibilidades de cura son muy pequeñas. Me dice que no es sólo el alcohol. Que desde antes del alcohol ya llevabas la muerte por dentro. Que tu amor por mí y esos años en que casi no tomabas pueden clasificarse como un respiro, un milagro.

Tenés apoyada tu cabeza en mi regazo. Todo tu cuerpo tiembla en un proceso febril. Ésta es la desintoxicación. No querés separarte de mí ni un solo minuto. Y yo no quiero perderte, no puedo perderte porque de vos depende mi felicidad.

Le pregunto a mi hermano si en la oficina se han dado cuenta de tu estado.

—Daniela, Carlos es un hombre brillante. Vemos por ejemplo que le tiemblan las manos como a un viejo. Pero nunca ha trabajado mejor.

Yo sé lo que eso te cuesta y sé que lo hacés por mí y por tus hijos. Vas a trabajar y volvés a la casa agotado. El menor ruido te sobresalta o te exaspera. Yo amonesto a los niños para que hagan silencio y te dejen en paz.

El Tribunal Constitucional fue creado hace pocos años para resolver asuntos de compatibilidad entre las leyes y nuestra Carta Magna y asuntos que antes resolvían otros tribunales o el Sistema Jurídico en Corte Plena. Le pregunto a Ana Luisa cuál es la sentencia del Tribunal Constitucional que invocan todo el tiempo en el Ministerio, la que no permite poner limitaciones a la propiedad privada. Ana Luisa dice que es la sentencia de Arenal, que es terrible, que según esa sentencia en la propiedad privada no se puede siquiera aplicar la Ley de Salud.

Voy saliendo de mi oficina en el Ministerio cuando oigo un escándalo. Una mano me toma del vestido y me esconde detrás de una puerta. Es Margarita, la abogada de Parques, la gordita simpática. Por la hendidura de las bisagras de la puerta veo pasar al señor Ministro con el rostro color carmesí y una carta en la mano como lanza en ristre. Vociferando. Vociferando que Daniela Zermat es una loca, que tiene una loca en su Ministerio y que a esa loca hay que echarla. Que esa mujer es totalmente irrespetuosa y mala, intrigante. Al cabo de varios minutos comprendo que esa carta que lleva el Ministro en la mano es una advertencia que le ha enviado la Procuraduría.

Después de asegurarme que el Ministro enloquecido ya no está en los alrededores, que Margarita le está dando un vaso de agua para calmarlo, salgo de mi escondite. Voy rápido al correo a ver si el Procurador me ha enviado copia de la carta que le ha escrito al señor Ministro.

Sí tengo copia.

La Procuraduría advierte respetuosamente al señor Ministro que un Refugio de Vida Silvestre es un Santuario. Que el proyecto de «Ecodólares» no parece calzar con los fines y la razón de ser de un Santuario. Que el hecho de que el artículo 73 elimine la exigencia del Plan Regulador y la fiscalización del Instituto de Turismo en las playas de los Refugios no le permite al Ministro arrogarse potestades de desarrollo turístico en lugar de proteger los recursos naturales. Que en lugar de Plan Regulador para la zona marítimo terrestre debe hacer un estricto plan de manejo para *todo* el Refugio y que antes de autorizar ningún proyecto turístico u hotel, debe estudiarse la capacidad del santuario. Por ejemplo, su capacidad para soportar la descarga de contaminantes.

La descarga de contaminantes. Solamente en el proyecto de «Ecodólares», la basura, la mierda y los orines de dos mil personas. En doce hectáreas.

Me fui enseguida a ver a Mariana, la abogada ambientalista. Le dije ¿vos entendés por qué el Ministro se puso tan bravo? ¿Qué hay detrás del proyecto de «Ecodólares»?

—Detrás no, Daniela, *en* el proyecto.

Nos sentamos a analizarlo con un grupo de arquitectos y economistas de instituciones gubernamentales para el turismo. «Vean», dijo uno de los arquitectos cuya especialidad era la planificación turística, «Daniela tiene razón. Este proyecto no es hotelero ni turístico. Perdonen, pero los bungalows del hotel son una pantalla para el verdadero negocio, que es la especulación inmobiliaria, por eso está dividido en etapas. Primero los inversionistas europeos hacen la piscina y los bungalows del hotel, los restaurantes, etc. Cuando los turistas llegan al hotel les venden los lotes. Ése es el verdadero negocio. Por eso el Ministro niega la urbanización, pero ellos nunca presentarán los planos sin la urbanización *porque son esas ganancias las que ellos quieren*. Y una vez el pantano destruido, cementado, totalmente vendido, ¿a ellos qué? La tierra se habrá valorizado muchísimo, cuestión de plusvalía, y todos los vecinos se harán millonarios también urbanizando. Ése es el *quid* del asunto. Daniela, ¿vos que tenés casa allá, vos sabés a cuánto compraron los italianos la tierra?» Les dije que no sabía exactamente, pero que un vecino de los italianos le había comprado a un negrito diecisiete hectáreas en setecientos mil colones, es decir, a cuarenta y un mil cada hectárea, y que ahora una hectárea costaba dos o tres millones. «Ahí tienen ustedes la especulación», dijo el arquitecto.

Un economista dijo que había estudiado el expediente de «Ecodólares» por orden del Instituto de Turismo y que las cifras que los italianos presentaban para el hotel estaban infladas. No eran reales. Que al corregir las cifras se veía que el hotelito, es decir, los bungalows, no eran rentables. «Claro, dijo el arquitecto, eso comprueba lo que acabo de decir: el negocio es sólo la urbanización».

«Además», dijo otro arquitecto, «está la noción de densidad. Para ecoturismo se recomienda una densidad del diez o quince por ciento. El proyecto de «Ecodólares» tiene una densidad del noventa y cinco por ciento.»

«¿La densidad es el porcentaje de la propiedad que se construye, se habita?» preguntó la dulce Mariana.

«Sí,» le contestaron al unísono los arquitectos.

«Además, además» dijo otro economista, «ellos hacen un dineral vendiendo los lotes, venden la destrucción. Se devuelven a Europa con ese platal. Ya lo dijo Daniela..., de una inversión de cuarenta mil colones pueden sacar seis o siete millones. Se van y les dejan a los costarricenses el problema de la contaminación urbana y la destrucción del Refugio. Y a los ticos de ver cómo lidiamos con eso.»

Ana Luisa me comunica que el jefe de Vida Silvestre sigue nervioso, que el Viceministro ha convocado a una reunión en su despacho para tratar el problema del Refugio Gandoca. Que yo debo asistir.

En el centro del despacho, alto y robusto, echado para atrás en su silla y como presidiendo la reunión, está el Subdirector Superior de la Forestal, hombre de confianza del Ministro.

Pero soy yo quien empieza la reunión, explicando el objetivo de mi proyecto.

Luego hago una pausa y me dispongo a enumerar las riquezas excepcionales del santuario. Se me adelanta el hombre de confianza del Ministro. Dice con voz prepotente que ése es un Refugio vacío, vacío como un conjunto vacío, vacío de animales. Vacío de plantas. Yo me opongo, le pido a Álvaro Cienfuegos que hable un poco de las cosas maravillosas que hay allí. Álvaro habla muy bajo. El hombre de confianza del Ministro dice que sí, que hay riqueza marina en ese Refugio pero sólo marina, sólo es rico el mar. Sabe que Álvaro Cienfuegos es un científico estricto, cuya deontología lo hará limitarse a su campo, el mar.

El Subdirector Superior dice que no hay que gastar plata protegiendo la tierra del Refugio, que no vale la pena, que él la ha recorrido, caminando, observando con lupa y que allí no hay ni plantas ni animales, sólo unos cuantos charcos, unos parches de selva, dos o tres pericos ligeros y ya está. Yo alzo la voz y le pregunto si tiene autoridad científica para decir eso. El Subdirector responde con una evasiva. El Viceministro y los altos funcionarios callan. Todos saben que el Subdirector no tiene autoridad científica, pero callan.

Al día siguiente, Ana Luisa me comunica los deseos del Ministro: que yo no trabaje más en el Ministerio. Que se ha nombrado una Comisión para estudiar el caso del Refugio Gandoca en la cual, por supuesto, yo no estoy.

Que sí está Álvaro Cienfuegos porque es biólogo marino y allí el mar es lo único que vale.

Pero yo que he amado tanto ese Refugio y he caminado sus últimos bosques hasta sonámbula, no puedo aceptar ese veredicto. Llamo al Director del Instituto de Estudios de la Flora, un científico joven.

—Daniela, ¡no puedo creer lo que usted me cuenta! Mire, tiene que tratarse de mala fe. El Viceministro sabe que la parte terrestre del Refugio Gandoca ha sido el corredor biológico para la transmigración de especies entre Norteamérica y Suramérica. Es el sitio que presenta la más alta biodiversidad en las tierras bajas del Atlántico, por eso se declaró Refugio. Pero por si el Viceministro tiene la memoria corta, voy a hacerle un resumen y se lo envío.

—Mejor mándeselo al Ministro.

—Un exgerente de la Chunchi Cola qué va a entender de biodiversidad. Mejor al Viceministro.

El día que estuvo listo el resumen del Instituto de Estudios de la Flora me metí en la cama temprano con una copia del documento y un plato de frutas. Los chiquitos, curiosos, vinieron a ver. Son las siete, mami, ¿por qué se metió en la cama? Porque estoy leyendo algo muy emocionante. Oigan esto, chicos, esos bosques donde está nuestra casita, «mantienen una riqueza de germoplasma de las más promisorias, para el

mejoramiento genético de los cultivos tradicionales, para investigaciones fitoquímicas, en el campo de la salud, plaguicidas naturales, etc. Es una reserva de la fuente de materia prima con la cual nuestro antepasados llenaban sus necesidades...»

—¿Qué es germoplasma? me preguntó el mayor.

—La fuente de vida. La posibilidad que tienen las matitas de hacer otras matitas.

—¿Como el espermatozoide y el óvulo?

—Sí, como el espermatozoide y el óvulo, pero sin eso. Es la renovación.

—¿Nuestra casita está en un lugar fantástico? preguntó el mediano.

—Eso es.

—A mí lo que me gusta es bucear.

Soy madre vegetal: los jobos, los cativos, el cashá y los guácimos hijearon. Yo no quiero aquí jardín, quiero selva. Además no maté nunca los cangrejos porque son como trabajadores municipales, procesan la basura. Es verdad que los cangrejos son grandes y atrevidos, entran a la casa y se llevan el pan, los cepillos de dientes o las cajas de fósforos. Por eso hay que dejar todo bien guardado. Son grandes como gatos, pero tampoco me decido a agarrarlos y hacerlos en sopa.

Ése era tu plato favorito, Carlos. La sopa de cangrejo azul.

Camino por el patrio embriagada por el increíble aroma de las flores del árbol de fruta de mono. En eso oigo voces masculinas detrás de mí. Qué vergüenza, estoy en pijamas.

Subo soplada a cambiarme gritando ¡ya voy!

Es Robinson, un mulato, el antiguo administrador del Refugio. Viene con otro hombre, me lo presenta como el maestro de la escuela del pueblo de pescadores. El maestro está preocupado, un precarista vendió a los madereros los árboles de las nacientes de agua. Robinson le ha contado del Proyecto que tengo en el Ministerio y el maestro desea saber qué es lo que se está cocinando en la capital. Yo le cuento muy triste que allá piensan que este lugar insólito, corredor migratorio de las especies, es un conjunto vacío, que solamente resta urbanizarlo. Además el Ministro me ha hecho saber que si continúo defendiendo la vegetación, perderé mi puesto en el Ministerio.

Gime el mar.

El maestro dice que las comunidades del Refugio son volubles y que el gobierno las ha manejado muy mal, el gobierno sólo se acuerda de que los negros existen cuando quieren sus votos o sus tierras. Con los indios es peor, como ni siquiera votan ni entienden español no tienen que molestarse en mentirles.

Dice que las comunidades del Refugio pueden ser maravillosas o pueden ser tremendas de inconstantes, están atomizadas o diluidas, pero hay que informarles lo que ocurre.

—¿Por qué estás triste? De pronto te ha cruzado los ojos un recuerdo, lo acabo de ver. ¿Es el recuerdo de tu marido? pregunta Ana Luisa.

—Sí. *Es la historia de un amor como no hay otro igual, que me hizo comprender todo el bien, todo el mal.* De la dulce adoración cotidiana pasé al mismísimo fondo del infierno. Porque el mal empezó a filtrarse después de varios años de paraíso, cuando ya estaba con las manos y los pies atados por los lazos de un amor fusional. «¡Perra!» me gritaba iracundo, «¡Perra traidora!» Sí, una perra, tenía toda la razón pero no en el sentido en que él lo decía, sino en el sentido de hembra animal, de andar siempre caliente por él, husmeándolo en las axilas en todo momento, *TODO el mal*, los venenos etílicos, los alcaloides. Carlos estaba a punto de sobar sapos para hacerles expeler su lechilla alucinógena y tomársela. Yo al principio no me daba cuenta a pesar de los síntomas, pues si una no ha estado antes con un adicto, ¿cómo saber? El primer síntoma fue la taquicardia, después el sabor amargo en su boca, luego una sustancia que me dormía la lengua cuando lo besaba. Algo tenés, le decía yo, andá ve a un doctor, no es normal, me da miedo besarte. Y él: «Pero no es nada, no es nada, tal vez tomé demasiado café hoy en el trabajo.» No se podía dormir y me hacía el amor cinco o seis veces por noche, más que al principio. Eso y el sabor amargo hubiera sido suficiente para delatarlo ante una mujer más

precavida o menos enamorada. Yo no sospechaba, quizá porque había tenido la suerte en el pasado de encontrar hombres sensuales y muy generosos. Pero eso de no dormir para acariciarte y decirte ternezas y encender una cópula con la punta de la otra es normal a los veinte años, a los treinta, no a los cuarenta, a menos que medie alguna sustancia. Yo debí haber armado ese razonamiento pero no, sólo dije «qué divino, qué delicia, qué maravilla», y a veces «dejame dormir ya, qué cansancio.»

Y el reverso de la medalla: la soledad. Las noches de espera mientras él, adolescente envejecido, se alegraba rumbo en las cantinas. Puedo fechar el inicio del infierno como el hormigueo de la sangre, su imposibilidad de regresar a la casa temprano, los alcaloides amargándole los besos, el alcohol consumido como agua y después el declive al amanecer: el pantalón sucio, la camisa por fuera, la mirada vidriosa, los hijos avergonzados contra la pared observándolo, el llanto que empezaba a tintinear por orden de tamaño como cencerros; él arrastrando sus pasos se dirigía al cuarto sin mirarlos, cerraba la puerta con llave. Yo detrás, sabiendo que buscaba la pistola y empezaba una danza que habíamos visto efectuar en la película Coronel Redl al increíble actor Jean Marie Brandauer cuando aún Carlos Manuel no tomaba -¿no tomaba- pero me dijo «mi intento de suicidio será como ése». Seis años después volvía a mi mente la escena de la película, el coronel danzando con el cañón de la pistola apretado a la sien y en el rostro la desesperación absoluta. La única diferencia era que Carlos Manuel no danzaba, sólo podía, quizá, tambalearse.

Ana Luisa me observaba espantada, no comprende este vómito de confidencias íntimas. Veo entonces que nuestra amistad es aún demasiado frágil y no aguanta, la he asustado y lo último que deseo ahora es que esta nueva amiga se me destorren. Entonces le pido perdón, me pongo cinta engomada en la boca y salgo.

Recostás la cabeza en mis regazos y tratás de oír uno de tus discos favoritos: el jazz de Jacques Laroussier. Pero tenés la preocupación en carne viva y las notas agudas y rápidas te irritan el alma. Me levanto y quito el disco, te propongo un sustituto como un vólum ante los terribles síntomas de la abstinencia. No querés. Te agarrás de mi cintura como un hombre que está con el agua al cuello.

No tengo la paciencia que tenía al principio: ésta es tu tercera desintoxicación. Las dos primeras desintoxicaciones no funcionaron.

Ponés de nuevo tu cabeza sobre mis regazos. Yo estoy pensando que éste es tu último chance. Si no funciona, me iré.

Sacaré mis pertenencias de esta casa, sacaré mis pertenencias y las de mis hijos, les explicaré que no querés dejar de tomar y no queda más remedio que separarnos. Los tomaré bajo mi ala como pollitos y con el alma partida te dejaré.

Subieron a mi casa. Tocaron la puerta. Eran los hombres de las comunidades del Refugio. Esa conjunción, única en nuestro país, de negros, indios y blancos.

Yo me asusté. ¿Qué querían de mí?

«No te asustés, venadito, no vale la pena, me dijo el maestro. Lo único que deseamos es información.»

Le contesté que me sentía incómoda, que yo no tenía pasta de líder comunal. Me aseguró que no tendría que liderar nada, simplemente informarles.

Bajé llena de planos y mapas. Me preguntaron qué estaba pasando. Les mostré la tragedia que ellos mismos habían provocado al vender. Les dije: «Ustedes vendieron por un plato de lentejas la tierra del Refugio, la tierra del paraíso. Ahora su paraíso se cotiza en dólares y de él no va a quedar más que una ruidosa orilla cementada, como Cancún. Pero los bolsillos de muchos hombres estarán rebosantes. Seis o siete hombres tendrán tanta plata que da vergüenza nombrar las cifras».

Se miraron.

Pero ¿es verdad lo que está diciendo ella?

Pero ¿qué es Cancún?

Pero ¿es cierto lo que está en estos planos?

Pero ¿qué hacemos?

Yo les digo que no tengo respuestas. Ellos dicen que sí puesto que trabajo en el Ministerio. Les repito que mi trabajo en el Ministerio se limita a tratar de que el Viceministro se oponga a la destrucción.

Uno de ellos se levanta. No es un negro. Exhorta a los negros a defender lo suyo, lo poco que les queda.

«Bloqueen las carreteras, quemem llantas, quiero ver negros bravos», les dice. «Hagan saber al gobierno central que ustedes aman esto y desean protegerlo.»

¿Protegerlo cómo? ¿Qué es proteger? ¿Qué es lo nuestro? ¿Quiénes somos? ¿Qué valor tiene el refugio?

«El Refugio tiene un valor incalculable ahora, créanme», les digo. «Plantas únicas, ecosistemas loquísimos. De esas matas del bosque puede salir la cura para el SIDA. Si lo urbanizan lo perderán.»

¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos? repiten angustiados.

«Lo único que les puedo recomendar es que exijan un turismo que no dañe la naturaleza, un turismo modesto, de pequeño tamaño, verdaderamente ecológico. Y una participación directa en el desarrollo: socios, no meseros ni mucamas.»

No sé si entienden.

Se dejan el documento científico sobre la extraordinario biodiversidad. Me citan a otra reunión dentro de quince días.

«Estoy a sus órdenes», les digo.

A los quince días regreso, la reunión es grande. Han venido por tierra y por mar.

Han venido de sus fincas lejísimos, montaña adentro, mar adentro, no saben nada, cómo podrían saber, buscar un vecino les toma días y buscar un teléfono les toma semanas, también les cuesta mucho buscar documentos, aquí la tinta se deslee con las lluvias torrenciales por más que se metan el papel bajo la ropa, la ropa se empapa. Han venido en el calor aplastante del mediodía impulsados por la desconfianza, por la curiosidad, por la buena fe. Con las ropas mojadas y llenas de barro, caminando por trillos o por las trochas que hacen los ávidos madereros.

Robinson me había explicado tiempo atrás que las comunidades no querían que se estableciera el Refugio de Vida Silvestre, juraban que los iba a dañar, no sabían lo que era, recordaban la expropiación y quedarse sin tierras ni plata como en Cahuita. Pero se

acostumbraron a vivir con el Refugio, algunos han entendido que un Refugio de Vida Silvestre es para su bien.

Sin embargo, por miedo al Refugio muchos de ellos vendieron baratísimo. Siguen viviendo allí con menos tierra, a veces con sólo la casita. Como despojados.

Estoy aquí viéndolos consciente de eso. Son pobres en una de las tierras más ricas del mundo.

Me entran ganas inmensas de huir.

Ellos se activan. Los que vinieron a las primeras reuniones explican a los nuevos. Toman la decisión de organizarse. Creo que es exactamente en ese momento que me atraviesa un escalofrío de esperanza. Les digo que si se unen y se ponen de acuerdo, podrán detener la destrucción del bosque y la cementación de la orilla marina. Les aconsejo que administren ellos mismos el desarrollo, como hacen los indios en San Blas.

Fue después de esa reunión que me llamó un hombre con voz de artefacto. Era un empresario no muy respetado que tenía diez *bypasses* en el corazón. Hacía poco había adquirido casi regalada una finca grande en el Refugio, frente a la Playa del Árbol de Uva.

Primero trató de comprarme. Como no pudo, me acusó de ser comunista; luego me trató de mentirosa, dijo: «Usted engaña a los negros, esa zona no es un Refugio».

No me dejó contestar. Aseguró que nadie tenía intención de urbanizar ni desarrollar el Refugio porque eran puros pantanos. Después me advirtió que si yo seguía reuniéndome con las comunidades me iba a ir pésimo. Sin más.

Entonces supe por qué su voz era de artefacto y su piel de plástico. Mis palabras resbalaban y resbalarían siempre sobre su piel porque la participación y el control comunal y las acciones reguladoras sobre el turismo ponían en peligro sus intereses empresariales. Supe que el hombre de los diez *bypasses* era uno de los que iban a hacerse millonarios especulando con la tierra del Refugio. Su intención era urbanizar el Refugio y me lo dijo al final sin ninguna elegancia: «Se opongá usted o no, el Refugio se va a urbanizar, sépalo y entiéndalo». Y colgó.

Esa llamada fue una declaración de guerra, pero no me di cuenta sino hasta después.

Tu tercera desintoxicación va viento en popa, sólo que no vas a ningún lado sin mí. Cuando yo no estoy, el licor te amenaza. Ya no me llamo Daniela, me llamo cinturón de seguridad.

A los dos meses intentás separarte un poquito. Me decís: hoy en la noche saldré con amigos y mientras ellos beben, yo con cocacola. No digo nada, te miro. Insistís: Voy a salir esta noche sin vos y no tomaré. Ése será mi bautizo, mi prueba de fuego.

Sé que no pasarás la prueba de fuego porque tus nuevos amigos son superficiales y alcohólicos y lo único que te une a ellos es la adicción. ¿De qué vas a hablarles sobrio?

Durante la tarde me llamás varias veces para repetirme: «Hoy es mi prueba de fuego».

A cuarto para las seis me llamás otra vez con la voz temblorosa: «La fiesta es para la esposa de Javier. Quieren que vengás».

Me siento como una madre manipulada, siento tu desesperación. Si me niego a acompañarte caerás hasta el fondo. Si accedo a acompañarte estaré contribuyendo a tu autoengaño. Veo tus bellas manos de hombre, finas y sensuales, agarradas desesperadamente a mi enagua. No sé qué hacer.

Llegaste a las seis y media. Besaste a los niños, te aseguraste de que comían tranquilos con la empleada y me llevaste al cuarto. Trancaste la puerta.

«Daniela», dijiste. «Daniela, Daniela». En tu voz había tanto amor y tanta emoción que regresé a ese mundo que me habías entregado, el mar y los hijos, la luz y la sombra, la felicidad. El amor o el recuerdo me cerró la garganta. Supe lo espantoso, lo impronunciable, lo injusto que era perderte.

Muy despacito abriste los botones de mi blusa. Despacito, despacito, me besaste los pechos. Me quitaste la ropa con esa ansiedad temblorosa en los dedos que caracterizaba la atracción que sentíamos, grave, devastadora. Nos unimos en el sentido exacto del precepto bíblico: fuimos una sola carne. Pensé que para cada mujer había un hombre, uno solo, destinado a ser una sola carne con ella. Entonces esa certeza de unión más allá del cuerpo sólo iba a experimentarla con vos, en toda mi vida. Nunca la había experimentado antes con ningún otro hombre y no la experimentaría nunca jamás después. Decidí acompañarte.

No volviste a mencionar las pruebas de fuego. Hasta que un día anunciaste: «Dani, esta desintoxicación es un éxito. Ya son tres meses de abstinencia y aquí estoy, sano y salvo: sin válium, sin internamiento en el hospital. Ves amor, te lo dije, yo no soy alcohólico. Voy a empezar a tomar como toma la gente corriente: nada más un poquito. Te repito, Daniela, que no soy alcohólico. Creeme. ¿Acaso un alcohólico puede dejar el alcohol tantos meses con tanta facilidad?»

Pensé que había alcohólicos que dejaban de tomar por veinte, treinta años. Y seguían siendo alcohólicos. Pero no te lo dije. ¿Para qué?

Me produce terror el bordemar. No quiero ir a la Playa del Árbol de Uva.

Vos empezás a alistar vacación. Esa urgencia de ir a la playa me parece sospechosa. ¿Qué querés probarte a vos mismo?

«Nada, no quiero probarme nada, hay dos días de vacaciones pegados al fin de semana, cuatro días deliciosos para descansar», explicás con voz suave.

«Descansemos aquí», te propongo. «Descansemos allá», insistís vos, «en el sitio más hermoso sobre la tierra. ¿Cómo vamos a desperdiciar nuestra casa en la playa?» Te respondo firmemente que no deseo ir. «¿Por qué, por qué?» preguntás desolado. «Por favor, Daniela, acompañame, vamos, toda la familia».

No quiero ir a esa casa porque el mar, vidrio verde, me produce terror. Un terror visceral que no puedo explicarte.

Pasás horas tratando de convencerme, pero yo no voy a acompañarte. No puedo.

Es la primera vez que te dejo solo durante la desintoxicación.

Te estás montando en el carro con una valija. Los niños preguntan «¿Por qué se va solo?». Yo les recuerdo que ellos tienen exámenes y yo demasiado trabajo –por lo demás, todo es cierto– y por eso nosotros no podemos ir. Te decimos adiós en la puerta de la casa. Es un viernes. «El lunes por la tarde ya estaré de regreso», gritás desde el carro.

Amanezco contenta. Los chicos se portan como ángeles, estudian mientras yo trabajo. Después nos vamos a la piscina. En la piscina decido tomarte la palabra. Voy a creerte, creer que en realidad no sos alcohólico o te vas a curar y que volveremos a ser una familia normal y dichosa. Sin ese demonio asesino que se forma en tus ojos. Sin eso que te arranca de mi lado por

las noches, esa sed. Trato de recordar suplementos de revistas con títulos como «Yo fui alcohólico» o «Mi problema y cómo lo resolví». Me entrego sin pudor a la esperanza, me doy un festín de esperanza, los niños preguntan: «¿Por qué está tan contenta?»

Al llegar a la casa después de nadar, tu hermana me está esperando con gafas oscuras. Tras los anteojos tiene los ojos enrojecidos. Me abraza y le pide a la empleada que se lleve a los niños al cuarto de juegos.

—¿Qué pasa, Virginia?

—Daniela, ayer por la noche Carlos Manuel tuvo un accidente.

—¿Un accidente? ¿Cómo? ¿Es grave?

Virginia asiente, llorando. No puede hablar. Suena el teléfono. Es mi suegro. A él también acaban de avisarle que su hijo tuvo un grave accidente. Que ya lo traen de vuelta a San José.

—Pero Virginia, contame, ¿está en coma? ¿Qué tipo de accidente?

—Parece que fue a una fiesta donde Stanford, en Puerto Viejo, el viernes por la noche. Que tomó mucho y después salió disparado para la casa, agarró mal un puente y el carro cayó al río...

—¿Qué le pasó? ¿Es grave?

—...

—¿Se ahogó? —Virginia asiente.

—Sí, Daniela, Carlos Manuel murió.

Muchos meses después de su muerte empiezo a salir de un pozo frío y negro. Primero avanzo los dedos. Los coloco entre las piedras, los afianzo y me empujo. Después saco los brazos. Qué delicia, exponer los brazos al sol.

Podía haberme quedado meses colgada de los brazos, ocultando el resto de mí misma, saliendo muy lentamente del pozo. Me hubiera quedado guindada y oculta muchísimos meses si no hubiera sido por Dominique. Unos gritos agudos me punzaron el tímpano, era su voz en la playa del Árbol de Uva. Temblé, salí sobresaltada del letargo, salí abruptamente del letargo, me puse de pie.

—Ey, qué está haciendo, le dije.

—Unas cabinas, me dijo en francés.

—Ah, usted es la francesa.

—Dieciséis cabinas, mi casa, un restaurante y una *discotheque*...

—¿Aquí, a diez metros de mi casa?

—Sí.

—Usted no puede construir así no más, dije estirándome, tratando de acostumbrarme al calor, a la vida, tratando de recordar dónde estaba, ah, sí, usted no puede construir así no más porque este es un Refugio de Vida Silvestre.

—Tengo todos los permisos.

—Espérese, ¿tiene el del Ministerio de Salud?

—¡No!

—¿El del Instituto de Turismo?

—¡No!

—¿El del Instituto de Viviendo y Urbanismo?

—¡No!

—El del ente rector del Refugio, el de Vida Silvestre?

—Tampoco, pero sí tengo el permiso municipal.

—No sirve, no basta.

Dominique reanudó sus chillidos, probablemente para que yo me fuera. Atontada, desmerezándome, con el cuerpo blanco como un huevo en agua por estar tantos meses metida en el pozo, pensé: no se atreverá a construir sin los permisos de los ministerios.

Dejé atrás a la francesa con su voz aguda y su cara rapaz.

Entré a la cocina. Los niños comían con la empleada. Los tres gritaron ¡Mamá, mamácita! ¡Ya resucitó!

—¡Si supieran qué resurrección tan desagradable tuve!

—Lo importante es que ya querés vivir otra vez, dijo el mayor.

Pensé que de eso no estaba tan segura, pero que tal vez ocurriría a fuerza de aparentarlo ante ellos.

Caminé hasta el sitio del accidente y recordé el informe de la policía: «Encontramos el cuerpo sin vida en el agua del río, en el agua del mar».

Fui a llorar a ese río. Ese río y esa playa donde habías muerto eran los mismos en que me habías hecho el amor por primera vez.

—Yemanyá, Yemanyá, grité desesperada, «su cuerpo sin vida». Ese cuerpo que yo amaba más que a mí misma, tibio y deseante. Lo cobraste vos.

—Yo no, respondió inmediatamente la diosa, fue en el río. Los ríos son de Oxum. Reclámale a ella.

Fui a reclamarle a Oxum. Había mirado el río con tanta tristeza que no había visto las latas en el fondo, las botellas plásticas que traía flotando y una espuma amarillosa acumulada. En la vera habían talado todos los árboles y el barro resbalaba por escorrentía. También caían al río los desagües de varias cabinas. Se me revolvió el estómago.

Entonces la tristeza se me mudó en rabia, dejé de pensar en la muerte de Carlos Manuel y en lugar de reclamarle a Oxum decidí reclamarle a la oficina de Vida Silvestre.

Telefoneé a Vida Silvestre innumerables veces. No respondían o sonaba ocupado. Fue ahí cuando me presenté personalmente en el Ministerio de Riquezas Naturales.

Ana Luisa dejó de llamarme. Con su silencio me hacía sufrir, la llamé yo.

—Estoy muy ocupada, Daniela, ¿qué se te ofrece?

—¿Leyó el Viceministro el informe del Instituto de Estudios de la Flora sobre la extraordinaria biodiversidad del Refugio?

—No lo sé.

—¿Siempre tengo el Proyecto de Defensa del Refugio Gandoca?

—Sí, pero ya te dije que el Ministro quiere que te vayás. Dice que no tenés carácter para ser funcionaria, que sos demasiado agresiva. Todos en el Ministerio concuerdan en que sos demasiado agresiva.

—¿Y vos qué pensás?

—Que sos una mujer como con aristas. ¿Por qué no te hacés masajes?

Sos tan buena gente, amigo. Qué haría sin vos en este desierto plano y unilateral que es la viudez. Me acompañás a la Playa del Árbol de Uva con los chiquitos.

Te enseñó mi tesoro: la noche marina. Cuando los niños se duermen, nos quedamos conversando en el corredor. Hablamos bajito, como se habla en las iglesias, por respeto a la profundidad interior de la noche.

—Me odio por no haberme controlado en esa reunión, te digo en un susurro.

—No te torturés.

—Ana Luisa tiene razón, fui demasiado agresiva.

—Ése es el pretexto que buscaban para marginarte.

—Si me hubiera portado como una reina ahora no podrían marginarme.

—Sí podrían. Buscarían otro pretexto.

—Pero ¿por qué?

—Daniela, más hermosa que el orey y más ingenua. Denunciaste a la Procuraduría el golaza que quiere meter el Ministro.

—Era mi deber.

—Una persona que cumple con su deber en ese Ministerio es alguien peligroso. No van a descansar hasta echarte.

—Ana Luisa me defenderá.

—Ella no va a arriesgar su puesto por vos. Por cierto, ¿hay reunión mañana?

Sí, hay reunión en el pueblo de pescadores. Estoy subiéndome al carro cuando llega un vecino a avisarme que falsearon el puente.

—¿Quién lo falseó?

Silencio.

Esto me huele al hombre de los diez *bypasses*.

—Bueno, iremos a pie.

Pero la gente de las comunidades está organizada: nos llevan en vehículo de doble tracción hasta el puente, lo cruzamos a pie y un vehículo nos recoge del otro lado.

Es la reunión más grande hasta el momento y viene mala, como una fruta con gusanos. El hombre de los diez *bypasses* y otros empresarios han trabajado duro sembrando la desconfianza y la desunión. La desconfianza estalla. Se atacan unos a otros. Decenas de campesinos han venido de lejos y de buena fe y de pronto están peleando agarrados de las mechas.

Enfrente se extienden las aguas arrecifales, verdeazules, someras. Un buceador surge, muy adentro, con el mar a la rodilla. Pienso que es una belleza penosa, una belleza que punza, porque ya «sopla sobre nosotros un viento como de obsidianas», ¿cuántos años le quedan a este paraíso? ¿Uno? ¿Dos?

¿Cómo te fue? preguntás cuando regreso, amigo. Los chicos me rodean.

—Mal. Eh, quiénes son esos.

—Los trabajadores de Dominique. Ya empezaron la construcción. Están haciendo miles de zanjas.

Agotada como vengo de la reunión con gusanos me lanzo al límite de mi patio y les pido a los trabajadores que paren de cavar esa zanja porque en una crecida el mar se puede meter por ahí y llevarse mi casa. Los trabajadores paran el trabajo y se van.

Media hora después llega el policía de Puerto Viejo con Dominique. Dice el policía que si impido a los trabajadores terminar esa zanja, que no está en mi propiedad sino en la zona pública, me llevará a la cárcel. Dominique sonrío, satisfecha.

Cuando se van, decís:

—Que no te extrañe. Hace un rato fuimos a la pulpería y una gente estaba comentando que Dominique dice haber pagado varios millones para que le dieran el permiso municipal. Ahora quién sabe cuánto le dio al policía.

—Mirá, a lo mejor ni tuvo que darle nada.

Después de esa reunión se vino un temporal, se cayeron los puentes y quedamos incomunicados con Talamanca. Por un tiempo no supe si se había cumplido la única resolución acordada en la reunión con gusanos: cada comunidad del Refugio debía presentarle al gobierno lo que pensaba en cuanto a desarrollo, conservación y turismo.

Uno de los líderes comunales me telefoneó, quería contarme que su gente se había organizado y los campesinos le iban a pedir al gobierno que diseñaran, con participación de las comunidades, proyectos de desarrollo respetuosos del bosque y que mientras tanto les dieran un bono alimentario para poder subsistir y no tener que cortar los árboles por hambre.

Me pareció genial.

Fue la mañana en que mi hijo mediano hacía su Primera Comunión.

—Mami, la llama Ana Luisa por teléfono.

Ella, con esa voz fuerte, ronca y perentoria. Ella, por quien yo había sentido tanto cariño.

—¿Cómo estás, Daniela?

—Bien pero corriendo, hoy mi hijo hace su Primera Comunión. Dentro de media hora vamos para la iglesia, estoy terminando de vestirlo.

—Quiero decirte algo que espero no tomés a mal. Daniela, la gente del Refugio anda diciendo HORRRORES de vos, HORRRORES.

—¿Qué dicen?

—Que querés mangonear a la comunidad, que sos una borracha, una drogadicta, que todos los rastas son tus amantes, que caés ebria en los bares de Puerto Viejo.

—¿Por qué me lo contás, Ana Luisa? ¿Quién te lo dijo?

—No puedo decírtelo, es gente de allá. No te tomés nunca más de una cerveza en público, te lo aconsejo.

—Yo nunca tomo...

—¡Todo el mundo te odia!

—Eso es obra del hombre de los diez bypasses.

—Dicen horrores de vos, horrores. Ah, tenía que decirte otra cosa, Daniela. El Ministro ya te despidió. Y autorizó el proyecto de «Ecodólares».

—¿Y los famosos informes técnicos que se le entregaron al Viceministro? ¿Al Viceministro no le importa que urbanicen el Refugio?

—El Viceministro trató de oponerse. No pudo. El Tribunal Constitucional ha ordenado no regular la propiedad privada.

—¿Y por qué no expropián?

—Porque no hay dinero para expropiar.

—¿Y la Procuraduría y los biólogos qué dicen? ¿No están como locos?

—Lo que hagan o digan la Procuraduría y los biólogos en este caso no tiene la menor importancia.

Ninguno de los líderes comunales me volvió a llamar. Ninguna de las comunidades del Refugio presentó nada al gobierno. Ninguna se pronunció. No volvieron a convocar a ninguna reunión.

Cuando llegué a la Playa del Árbol de Uva, ningún miembro de la comunidad subió las escaleras de mi casita, buscándome. Reinaba el silencio, interrumpido por el ronco avanzar de las máquinas en varios desarrollos turísticos, entre ellos el de Dominique.

Lo que Dominique estaba haciendo a diez metros de mi casa era una miniurbanización. No contaba con un solo permiso reglamentario. Había levantado ya ocho cabinas, el restaurante, la *discotheque*, su residencia y el parqueo. Era un proyecto sin sistema sanitario, los tanques sépticos de las cabinas eran pequeñas alcantarillas de menos de un metro, las aguas cloacales salían por unos tubos plásticos sin ranuras que iban a dar a las zanjas y al mar. Los tanques sépticos estaban tan cerca del mar y de mi pozo de agua potable que no hacía falta ser ingeniero para darse cuenta de que la contaminación era inevitable.

Yo había recorrido las oficinas gubernamentales denunciando la ilegalidad y la ausencia de fiscalización. Escribí a la oficina Forestal, encargada del Refugio. Se rieron a mandíbula batiente de mis cartas. También le escribí al Viceministro, ya que el desarrollo turístico de Dominique no estaba en propiedad privada, sino en la zona marítimo terrestre y por lo tanto no la protegía ninguna supuesta sentencia del Tribunal Constitucional. El Viceministro había alzado los brazos al cielo y desviando aún más su nariz había gritado «¡no quiero saber nada de francesas!» En otros ministerios se emitieron órdenes para detenerla, pero por lo visto las órdenes se habían esfumado pues el trabajo iba viento en popa, ya estaban techando.

Busqué a Dominique. Le dije:

—Debe poner una planta de tratamiento de aguas cloacales. Es terreno arcilloso y coralino, lluvioso, empantanado, además, tan pequeño. Los excrementos de sus turistas van a ir a dar a mi pozo y a la playa. Mis hijos se pueden enfermar. Debe poner una planta de tratamiento.

—Pues no, las plantas de tratamiento son demasiado caras. El gobierno de este país debe mandar un camión que recoja la mierda de mis tanques sépticos. Así hacen en la Costa Azul de Francia.

Dominique era inmensamente rica. Decía que su familia había hecho el dinero instalando *discotheques* y restaurantes en Niza y ahora estaba totalmente decidida a hacer lo mismo en el Refugio Gandoca.

—No queremos que ponga una *discotheque* porque nos gusta oír el mar y las aves, Dominique. Tenemos derecho al descanso.

—¡Las puse en Niza, un lugar civilizado, y va usted a decirme que no las puedo poner aquí! contestó furiosa.

Fui a buscar al líder comunal que me había dicho lo del bono alimentario. Estaba seco y distante. Su entusiasmo había desaparecido como si se lo hubiera tragado la tierra.

—Mire, Daniela, dicen que usted se está oponiendo al desarrollo y a la prosperidad. Yo pienso que aquí es necesario el progreso. El proyecto de los italianos va a traernos trabajo, dinero, adelantos. No hay que obstaculizar la inversión extranjera.

—Nómbreme un solo beneficio que la urbanización le vaya a traer a la comunidad.

—Empleo, por ejemplo.

—Tendiendo camas o sirviendo tragos.

—Todo trabajo es bueno. Además se valorizará la tierra y podré vender a buen precio una finquita que tengo por ahí.

—Muy bien, hasta luego.

Los hombres de la comunidad no me saludaban. Cuando me vieron pasar por la playa hasta Wallis Black volvió la cabeza.

Caminando despacio por el enorme peso de mi soledad llegué a la finca de los italianos. Me introduce en su belleza inquietante. Los árboles altísimos tapaban el cielo y se afianzaban con esas raíces como paredes que se llaman gambas. La selva apretada hervía de especies útiles, especies muy antiguas. La selva enmarañada llegaba hasta un cocal y después del cocal seguía la arena cremosa. La transición de selva a playa era original: los árboles se arralaban y surgían flores grandes, brillantes y endémicas como heliconias. Y frutos prohibidos: manzanas de mono y anonas de mar. Las palmas tenían los troncos anaranjados y estaban invadidas por orquídeas en plena floración. Todo esto iba a desaparecer pronto bajo los *bulldozers*, las palas mecánicas, los tractores de oruga.

Una tortugueta terrestre salió del pantano. Me puse a observarla. Tenía el caparazón cubierto de sanguijuelas. Podía imaginar a los italianos regando tortuguicida porque ¡horror! ¡horror! sanguijuelas.

Todo iba a desaparecer para levantar los salones de belleza, las *discotheques*, las tiendas, los restaurantes, las canchas de tenis, las piscinas, los bungalows, las calles planitas y los lotes limpios, sin charcos, sin esas matas molestas que sirven de alimento a los cangrejos y sobre todo sin árboles. Porque la compañía italiana «Ecodólares» quería vender tantos lotes que cada lote resultaba diminuto y un solo árbol era ya un impedimento para construir.

Aquí veníamos juntos, Carlos Manuel. Te gustaba recorrer el humedal con sus bichos y después acostarte en la pálida arena. Me abrazabas, me besabas y me rogabas que te cantara aquella canción en *creole* de la Martinico. Las palabras se hundían en la vegetación, en las olas, en tus hermosos ojos verdeamarillos: *Lan mé'a ka gémi, la lun'lan kafrémi, cocotiers kapa'lé, caressé moin, caressé moin* (el mar gime, la luna se estremece, los cocoteros murmuran, acaríame, acaríame) *Solei la ka plewé, la lun'lan ka chiwé, cocotiers ka flambé, caressé moin, caressé moin* (el sol llora, la luna se ha desgarrado, arden los cocoteros, acaríame, acaríame).

El sol llora y ya no estás aquí para consolarlo. Arderán los cocoteros como basura. La luna se desgarró y ya no estás para acariciarme.

El sol no se hunde en el mar, se hunde detrás de la montaña, detrás de la línea de sangríos, cativos y guácimos. Los árboles van a morir y vos ya estás muerto. Acaríciame, acaríciame Carlos Manuel.

Entré en la soda secándome las lágrimas, pedí un refresco y me senté en un rincón. Caía la noche.

Oculto tras una mata frondosa los vi llegar. La mata frondosa era como una cortina y se sentaron cerca de mí sin saberlo. El Ministro, el hombre de los diez *bypasses* y un diputado al que reconocí de inmediato: había aparecido en todos los diarios acusado de legislar en beneficio propio. El Ministro reía sin cesar. Pidió una cerveza y se acomodó el borde floreado de su «cabana set». El hombre de los diez *bypasses* tenía puesta una jacket de cuero a pesar del bochorno y sacó una botella de whisky.

El Ministro paseó su mirada en derredor para asegurarse de que estaban solos, y espetó:

—Dicen que anda por aquí la loca, Daniela Zermat.

Se me revolvió el estómago.

—No te preocupés, está neutralizada, dijo el hombre de los diez *bypasses*. Ya convencimos a todos los negros de que esa mujer no es de fiar, que lo que busca es que las comunidades se mueran de hambre.

—¿Les dijiste también que los hoteles les traerán mucha plata? preguntó el Ministro.

—Claro.

—Acuérdense, hay que anunciarles que cada habitación del hotel generará un empleo directo y dos indirectos. No hablen para nada de la urbanización, aconsejó el Ministro.

—Yo tengo listo mi proyecto, apenas se otorgue el permiso definitivo a «Ecodólares» lo lanzo. Les garantizo que ese lugar es una mina de oro, toda la gente con plata va a querer comprar lote aquí, la playa es preciosa. Les garantizo que es una inversión cien por ciento segura. Por cierto ¿cuándo se otorgará ese permiso definitivo a «Ecodólares»? Los italianos están muy impacientes y yo también.

—Faltaba un detallito insignificante para cumplir con las formalidades burocráticas del Reglamento del Refugio: no habían presentado un estudio de impacto ambiental. Esa otra loca de Ana Luisa me amenazó con armar un escándalo si les daba la aprobación definitiva sin ese estudio. Los italianos me aseguraron que ya casi está listo. A la hora exacta que me entreguen el documento les otorgo el permiso total, y al día siguiente las máquinas entrarán a volarse la selva.

—Daniela sigue armando escándalo por la urbanización y eso me preocupa, dijo el diputado.

—Estoy seguro de que no habrá problemas con la urbanización porque se hará en propiedad privada. Dije a los italianos que ni la incluyeran en el estudio de impacto porque vamos a utilizar a nuestro favor la sentencia del Tribunal Constitucional. Si acaso hubiese problemas –cosa que dudo– se presenta el proyecto sin la urbanización y la metemos después. Una vez que las máquinas se hayan volado la selva, nadie podrá impedir urbanizar, te lo digo yo que soy el Ministro.

Carcajadas.

—Si la loca aún les preocupa, dijo bajito el hombre de los diez *bypasses*, quédense tranquilos: estoy iniciando un movimiento en la comunidad para declararla *non grata* y sacarla de

aquí. Ya me tengo convencidos a los miembros de la Asociación de Desarrollo. Poner a la comunidad contra ella en particular y contra la conservación en general es lo que dará mejor resultado. El slogan puede ser: «Con la conservación nos moriremos de hambre».

—Perfecto. No olvides la palabra mágica: el desarrollo sostenible. Hay que presentar el hotel de «Ecodólares» como desarrollo sostenible, agregó el Ministro. Y no mencionar para nada, repito, la urbanización.

—Además, qué suerte, la loca tiene problemas con esa francesa que está construyendo las espantosas cabinas y el bailongo justo detrás de su casa, dijo el hombre artefacto.

—La francesa está haciendo ese desarrollo gracias a mí, dijo el Ministro. Yo detuve las giras de inspección que Daniela solicitó cuando su vecina empezó a construir. Por dicha Daniela le cae muy mal al Viceministro. Si no, hace tiempo que hubieran detenido ese desarrollo, se está construyendo sin un solo permiso.

—La hijueputa francesa es valiente, me quito el sombrero, agregó el hombre de los diez *bypasses*. ¡Atreverse a construir sin un solo permiso!

—Te señalo que hay dos desarrollos más sin permiso, aclaró el Ministro. El mundo es de los audaces.

—Quiero hablarles de la nueva finca que compré, veinte hectáreas, dijo el hombre artefacto.

—No, ahora no, exclamó el diputado. Ya vienen las chicas.

Aproveché que las novias o las esposas llegaron y salí, agarrando la mata frondosa como mampara.

Cómo no añorarte, Carlos Manuel. Pero añorarte no basta.

Estiro las manos y dejo que mis propios cabellos me cubran para que la diosa mida, centímetro a centímetro, cuánto crecieron. Cubren mi cara y casi todo mi cuerpo. Nadie me ve. Éste es un rito feroz, un rito apartado.

Empiezo invocando las estrellas de mar enrolladas antaño en mis muñecas. Sigo con los pulpos, los que he cazado para comer y los que he perseguido para observarlos. Paso a las anémonas, a las esponjas, al coral con su dibujo tortuoso como un cerebro o sus márgenes crespos y amarillos, al coral como mesas extendidas, como sillones redondos, paso a la infinita variedad multicolor de organismos que se agitan y ondulan, madre del mar, mi única señora. Tu largo pelo verde está tibio y baboso, son hebras de *thalassia*, el mar teje tu pelo.

He amado tu reino como se ama a un hombre. Conozco palmo a palmo tu territorio, en las tardes de tormenta te oigo rugir. En esas tardes oscuras los alisios empujan el cielo para abrirse paso, desgarran las hojas de los cocoteros y el aguacero nos golpea en ráfagas. Es tu vitalidad que pulsa como un gran tambor.

Juntas hemos llorado de felicidad, juntas hemos comido las algas putrescibles, juntas hemos inventado canciones de conchitas y las hemos cantado a los niños cuando no pueden conciliar el sueño. Juntas hemos lavado los oros de la playa, juntas hemos jurado fidelidad al aroma mareante y obscuro de tus guaridas. No me abandonés ahora.

No me abandonés ahora ante el embate del europeo destructor y del negro voluble. Salí, escuchame, estoy arrodillada en una formación de coral viejo y los poros me marcan las rodillas. Estoy más agachada que arrodillada, estoy como se inclinan los musulmanes en la oración, tengo

la frente en el agua. Ya vislumbro tu larga corona de espantos ¡diosa de ahogados, madre del mar!

Yemanyá, señora, estoy desesperada. Concedeme consejo o protección.

—Concretemos, hay que ser prácticos —, ruge la diosa.

—He dado todas las luchas administrativas y no he podido defenderme ni defender la vegetación. Toda tu playa se está contaminando y el bosque está muriendo. A nadie le importa. Quieren echarme de aquí. ¿Qué hago?

—La situación se ve horrible, dice la diosa de espumas. Déjame pensar.

Se forma un remolino bajo las aguas, sale un piquito de su corona de espantos, afirma:

—Te sientes desamparada. Pídele amparo al Tribunal Constitucional.

—No, diosa, acabo de oír al Ministro comentar, frotándose las manos, que el Tribunal Constitucional ordena destruir.

—Yo no estoy tan segura de eso, dice la diosa. Pero si es así, pídele al Tribunal Constitucional que lo diga públicamente y señale quién debe asumir los costos de la destrucción. En todo caso, a nadie más puedes pedirle amparo. A nadie más, Daniela, ni a tu madre, ni a tu padre, ni a tu esposo muerto, ni a mí.

Mariana no entiende mi urgencia de pedir amparo al Tribunal Constitucional. Pero es prolija y muy inteligente y ha acumulado tantas cartas, pruebas, desmanes escritos, ausencias, omisiones y payasadas del ente rector de nuestra riqueza natural, que le resulta fácil redactar un alegato brillante sobre las violaciones perpetradas.

En efecto, Mariana prueba que el Ministerio está violando los artículos 6, 23, 24, 45, 50 y 89 de la Constitución Política de nuestro país, el artículo 18 de la Ley de Vida Silvestre, el artículo 1 del Decreto de Creación del Refugio, los artículos 3, 4, 9 y 10 del Decreto de Reglamento del Refugio, la Ley Forestal, la Convención Centroamericana de Ambiente y Desarrollo, la Convención para la Protección de la Flora, de la Fauna y de las Bellezas Escénicas Naturales de los Países de América, la Convención para la Protección del Patrimonio Cultural y Natural, la Convención Relativa a los Humedales de Importancia Internacional Especialmente como Hábitat de Aves Acuáticas y la Convención para la Protección y el Desarrollo del Medio Marino de la Región del Gran Caribe. El Recurso de Amparo es un documento de treinta páginas y Mariana adjunta cuatrocientas páginas más de pruebas y fotos. Me pide que redacte yo un resumen anecdótico para que los magistrados se sitúen en el caso.

Aquí, desde el Decreto Ejecutivo que crea el Refugio Gandoca con base en la Ley de Vida Silvestre y en la Ley Forestal, desde el pantano oscuro y maravilloso, desde la asociación única, extraordinaria de yolillo y orey, desde la última fuente de ostión de mangle (*Crassostrea rhizophorea*) y desde este hoyito tibio de arena te pido que me ampires, excelso Tribunal Constitucional. Ampárame de la vida que se ha descarriado y de la muerte prematura. Todo lo que está en pie va muriendo como soldados al respirar gas letal. Caen los árboles en el zumbido de las motosierras, se secan los pozos y las nacientes, se han secado mis ojos también, excelso Tribunal Constitucional. Ampárame de la autoridad estatal que me acusa de todos los crímenes cuando en realidad sólo cometí un pecado: pedir que se apliquen las leyes. Excelso Tribunal Constitucional, ampárame y emite sentencia vinculante, define de una vez por todas si es pecado, crimen, delito o virtud defender la belleza. Confieso tener con la vegetación una afinidad larga.

Mis arterias parecen bejucos y estoy convencida de que la flor del majagua es la piel. La piel de mis manos se pone rugosa como la superficie áspera de las hojas del árbol de uva con sus venas saltadas, una pasión vegetal. Y mis manos, cuando atiendo a los niños, tienen esa apertura frondosa, abarcante de los grandes almendros, su dulzor amargo.

Ampárame de la actitud de quienes, designados por voluntad popular para velar sobre los bienes naturales de nuestro pueblo, aprovechan su investidura en beneficio propio. Ampárame del Ministro que entrega los bosques costeros a los inversionistas con la sonrisa en la boca y el whisky en la mano, sin aplicar la ley, la normativa vigente. Ampárame del Ministro: cuando fui a pedirle planificación, racionamiento y planes de manejo, me puso de patitas en la calle, me despidió del puesto *ad-honores* (nadie me paga ni un cinco) que el Viceministro y Ana Luisa me había dado en el Ministerio. Los asesores del Viceministro, consternados, movieron sus sabias cabezas y dijeron, «pobrecita, pobrecita, la echaron porque es demasiado apasionada, demasiado romántica». Y yo pregunto, excelso Tribunal Constitucional, ¿qué tiene de romántico exigir que se aplique la ley?

El asunto fue también que yo le dije al Ministro que era irresponsable talar el bosque inundado de la tierra caribe para construir un salón de patines en hielo. Y el Ministro contestó: «No se meta, mijita, no obstaculice el progreso, los negros de esta región son tan atrasados, tan pobres, les vamos a dar la oportunidad de entrenarse para que sean campeones de patinaje en hielo y ganen todas las medallas de oro en las olimpiadas de invierno, así saldrán del subdesarrollo. Además lo vamos a hacer porque es un salón de patines totalmente ecológico». ¡Pero en esa tierra tan caliente y tan húmeda cómo van a ofrecer patines sobre hielo! «Sí, mijita, justamente, ya calculamos los valores del vaho, el vapor que se desprende del bosque aledaño, las cifras de la evotranspiración, la condensación, etc. Todo ese proyecto natural tropical es una fuente de energía fabulosa que movería turbinas de vapor para enfriar el agua y transformarla en hielo. Como ve, un proceso totalmente ecológico, mijita». La parte científica me suena bien, le contesté, pero usted está contando con el vaho y el vapor que se desprenden del bosque y los inversionistas VAN A TALAR EL BOSQUE. «Tenemos que dejarlos cortar el bosque en esa finca, mijita, no hay más remedio. Pero adentro del Refugio, lejos de la costa, hay una finca que no se va a talar porque la compré, para conservarla, la organización Mundo Verde. De esa finca traeremos la energía y el vapor. El resto del Refugio, lo que no están indemnizado, hay que destruirlo si los propietarios así lo desean, mijita, porque es propiedad privada. Lo ordena el Tribunal Constitucional».

¿Es verdad eso, excelso Tribunal Constitucional?

Ampárame también del Viceministro quien, por delegación indirecta del pueblo es el encargado de proteger los recursos naturales y defender a los administrados de la depredación y la arbitrariedad. Ampárame de este famoso conservacionista, excelso Tribunal Constitucional, pues cada vez que le pido que detenga la tala de árboles y la construcción sin permiso de hoteles y cabinas se hace el sordo, cada vez que le digo que Dominique sin permiso ha abierto en la playa del Refugio Gandoca una herida profunda por la que van a escurrir aguas cloacales y aguas jabonosas como un lloradero de la desgracia y mis hijos se van a enfermar, cada vez que le aviso que Dominique nos va a dejar sin agua, sin silencio, sin vida silvestre y va a abrir un garito de drogas y alcohol detrás del árbol donde viven los mapachines, los osos mieleros; cada vez que le pido por el poder que le ha otorgado el pueblo y su investidura que me proteja, nos proteja a

todos del escándalo y de la contaminación que va al mar, el Viceministro levanta las manos al cielo, desvía su nariz y clama furioso ¡no quiero saber nada de francesas!

Ampárame también, invicto Tribunal Constitucional, de los abogados y demás funcionarios de la oficina Forestal que se ríen sabrosamente de mi tristeza y se frotan las manos cada vez que un árbol cae, «uno menos que proteger», dicen, «uuff, qué alivio, que caigan todos, qué pereza más grande nos da defenderlos. Que se muera el país».

Ampárame muy concretamente de los funcionario de la Oficina Forestal de Limón a quienes llamé hace muchos meses para avisar que estaban talando los árboles a la vera de los ríos del Refugio Gandoca, en los últimos bosques que quedan al sur de esa provincia. Contestaron:

—Eso no es competencia nuestra, señora.

—Los árboles a la vera de los ríos de Limón son competencia de la Oficina Forestal de Limón.

—¡Qué raro!

—Aquí ante mis ojos tengo la ley y además un documento que dice que los refugios nacionales de vida silvestre son competencia de la Oficina Forestal.

—Todavía más raro... ¿A dónde queda esa tala que dice?

—En el Refugio Gandoca, al sur de Limón.

—Es que el Refugio Gandoca queda largísimo. Si vamos, nos perderemos.

—No se pueden perder, es cuestión de agarrar la carretera y seguir recto recto. Todos esos ríos cruzan la carretera. La tala está a la vista.

—Ah no. Viera que siempre que vamos al sur nos perdemos.

Aquí, desde el huequito tibio en la arena, oculta a los ojos de las garzas azules, los pelícanos y el martín pescador, rodeada de árboles de uva de mar con sus racimos agridulces y verdes colgando muy cerca del agua, aquí, desde mi huequito tibio en la arena junto a los verdes repastos marinos, en la doble rompiente del arrecife, aúpada por las olas, canija de espera, desesperada, entre los majaguales y los hicacos y las heliconias y los lirios silvestres, embriagada de olores que van a desaparecer para siempre, llena de sol, de lluvia, te pido que me ampires, que nos ampires, excelso Tribunal Constitucional.

Los jercas encargados de velar por la riqueza natural la están destruyendo o la están entregando a cambio de dólares, y dicen que es por mandato de ustedes.

Aclárame eso, invicto Tribunal Constitucional.

Mis hijos se preocupan; «Mami, mami, no se tome tan a pecho la destrucción». Yo te miro fijamente, amigo. Mis hijos te han llamado porque se angustian de verme correr para aquí y para allá. Has venido esta noche a darme consejos. Vos también me decís que no me tome tan a pecho algo que es general y mundial. Que el progreso es un *bulldozer*; una aplanadora, que todos los consorcios europeos tienen la mira puesta en nuestras frágiles costas porque nuestros dirigentes partieron a las cuatro esquinas del mundo desarrollado, como chulos, a vender nuestras playas, moviendo tentadoramente el trasero, y que nuestro país ya no es de nosotros.

No, esta región ya no nos pertenece. Primero dejó de ser de los indios, luego dejó de ser de los negros, después dejó de ser de los costarricenses en general. Eso lo vi en los ojos del policía de Puerto Viejo cuando vino a esposarme y a meterme en prisión por oponerme a los destrozos

que hacía una francesa que no tiene ni un año de vivir aquí. «No obstaculice la inversión extranjera, señora, circule, circule.»

Que perdimos el bordemar, su belleza, lo supe en los ojos de dólares, progreso y escándalo de la millonaria Dominique. Yo, pequeña, frágil, nativa. Demasiado romántica, como dijo Ana Luisa. Lo supe cuando leí el historial de Luigi Calzón, el presidente de la compañía «Ecodólares S.A.»: hoteles masivos en Italia, Brasil, Barbados, República Dominicana, etc.

Mis hijos están preocupados, se angustian. Y como siempre que no sé cómo hablarles, que me avergüenzo de mis fracasos o de mis esfuerzos inútiles –cuando luchaba contra el alcoholismo de su padre, por ejemplo–, como siempre que dudo, les propongo subir a la montaña.

Aquí vengo a pensar. A estas montañas frías donde la claridad corta. A mis pies, abajo, muy abajo, se extiende la capital limitada por los cerros del sur. Y detrás de esos cerros, otros. La vista es tan amplia que se distinguen varias cordilleras. Los cipreses, en un ordenado ejército, bajan inclinados por el viento del noreste, bajan ordenados casi hasta la urbe.

Cayó la noche en la montaña. Les dije a los niños:

«Voy a la laguna. Regresaré pronto. Que a ninguno se le ocurra cazar o agarrar cuyeos. Son pájaros mágicos.»

Subí a la laguna por el camino de cipreses y cedros, en la noche fría y lunada. El viento entre los árboles sonaba como el mar, maldición. Me acuné, me arrullé, lloré, lloré acordándome.

Estaba acostada, entregada al dolor, sollozando, cuando llegó un bicho verde, greñado y gordito. Lo reconocí enseguida: era el «dueño de monte», entidad legendaria de cuentos y consejas.

—Lo primero que te voy a pedir, Daniela, es que aclarés a los lectores que yo no soy una metáfora ni un recurso de estilo. Que esto no es realismo mágico. Mi presencia es verdad.

—No va tu aclaración. Acabo de afirmarles a mis hijos que el cuyeo es un pájaro mágico. Por lo tanto, vos también podés ocupar esa categoría.

—Sí, yo soy mágico pero no porque lo quiera tu estilo, ¿entendés? Explicá que yo soy un espíritu de los bosques, el espíritu de la enmontazón. Explicá que tenés aliados vegetales, aliados naturales.

—¿Aliados naturales? El río se tragó a mi esposo.

—Se lo tragó a tiempo, antes de que destruyera sordamente todo tu amor. Además, nosotros te avisamos.

—¿Qué me avisaron?

—Que no fueras, que lo andaba rondando la muerte. Te lo avisamos tres veces.

—¿De verdad?

—Claro. ¿Ya no te acordás? La primera vez con el llanto de un pájaro.

—Del pájaro desgarrador sí me acuerdo.

—La segunda fue por medio de los árboles, una noche también.

Cuando dijo eso me acordé, fue como si lo reviviera, como si me trasladara a esa noche precisa. Estábamos en la casa de la Playa del Árbol de Uva y no podía dormir. Siempre que tengo insomnio pienso en cosas serenas para arrullarme. Esa noche pensé en los árboles del patio, los que están más cerca de la playa. Empezaba a quedarme dormida visualizando los árboles cuando sentí claramente que yo era parte de ellos. Me vi afuera, en lo alto, mirando los

pájaros, moviendo las hojas. Era una sensación deliciosa ser parte de un árbol, parte de las aves y la noche tibia. Mis brazos, mis piernas, mi pelo, flotaban. Era una sensación prodigiosa, como si me hubieran liberado de todo. El viento me acariciaba porque yo era hojita, tronco, lechuza, vaivén. Una voz me dijo al oído que así sería cuando muriera, que eso sentiría al morir. Y me di cuenta de que se estaba iniciando el proceso, que eso era morir, ser parte del viento, de los árboles, de los animales. Me invadió el pavor y ese gran pavor me devolvió a la cama. Regresé a la cama, me toqué los brazos, las piernas: estaba viva, entera, pero algo entre los árboles llamaba a muerte, a la delicia que era morir, morir, disolverse, flotar en el viento. Desperté a Carlos Manuel y le dije: «La muerte está afuera, en los árboles del patio y es deliciosa. Si me descuido, si me duermo, me agarra.» Carlos Manuel no me hizo caso, se dio media vuelta y siguió roncando. Yo me mantuve despierta hasta la madrugada y después de esa noche no volví a la Playa del Árbol de Uva. Le cogí terror. Empecé a padecer de miedo pánico.

—Ese fue el tercer aviso, el terror. Por algo no lo acompañaste aquel fin de semana. Hicimos que esa casa te diera terror, que le huyeras al mar.

—Es totalmente cierto.

—Bueno, lo que quiero decirte ahora es que debés prepararte.

—¿Para sufrir más?

—Sí.

—Pero, ¿por qué?

—¿Mariana no te ha contado? El Ministerio de Riquezas Naturales emitió un documento con su nueva política: van a segregar y a anular todos los parques, reservas, refugios y zonas protectoras que no estén indemnizadas. Las van a entregar a las compañías mineras, de turismo, bananeras, ganaderas, etc. Los Dueños de Monte ya dimos la voz de alerta y millares de especies están haciendo la valijita, recogiendo sus malitates y sus nidos, alistándose para emigrar.

—No tendrán dónde ir.

—Estamos haciendo un mapeo del terreno expropiado y pagado en los parques. Allí nos iremos. Claro que hay otros peligros, muchos parques están junto a explotaciones bananeras y ya sabemos que el contacto con los agroquímicos nos puede deformar o matar. Otros parques están atravesados por carreteras y el ruido desquicia. En el Parque Braulio Carrillo, el eco de la carretera entre monte y monte es tan fuerte que todos los animales están de psiquiatra.

—Mariana, ¿vos sabías que los animales del Braulio Carrillo están de psiquiatra?

—Sí. Algunos inclusive se están suicidando. Acaba de llegarme un informe de los biólogos a ese respecto.

El informe era terrible. Agregaba que además, sólo para el área de amortiguamiento de ese parque, había cuatrocientas solicitudes de proyectos turísticos. Y que el propio Ministerio estaba propiciando una reforma a la ley para construir instalaciones dentro de los parques en general y permitir prospección y explotación minera, etc. Además, todos los Parques tenían problemas de fondos, problemas con la propiedad privada y con la contaminación. Del Parque Nacional Manuel Antonio sacaban diariamente unas veinte toneladas de basura y ese parque recibía millones de metros cúbicos de aguas fecales. «Los extranjeros van y se meten a nadar y lo ven muy bonito, dijo Mariana. Y no saben que están nadando en mierda. Eso, Daniela, para no hablar de los problemas del Parque Nacional de Corcovado, de la Reserva de Carara, de

Tortuguero, de Cahuita, de la Reserva Absoluta de Cabo Blanco... hay Parques y Reservas que en los próximos años van a desaparecer. No va a quedar nada pues se calcula que en cuatro años Costa Rica habrá agotado, además, todos sus bosques comerciales. Tendrá que importar madera y eso le costará al país 375 millones de dólares anuales, según cifras del Instituto Mundial de Recursos».

Mariana estaba agobiada enviando cartas a todas las organizaciones conservacionistas, a organismos científicos, a los despistados países que nos daban premios por la conservación de nuestras riquezas naturales. Mariana denunciaba y denunciaba mientras decía que no servía de mucho, pero no veía qué otra cosa podía hacer.

—Mariana, ¿tenemos algún chance de ganar el Recurso de Amparo?

—Desgraciadamente no puedo saberlo. Por cierto, ¿sabías que al hombre de los diez *bypasses* todo mundo lo conoce como «Tigre Frío»?

Me siento triste como un animal encerrado.

Éste es el desánimo que ellos fomentan, propician. Mariana y yo solicitamos al Tribunal Constitucional, como medida cautelar, que suspendiera la tala en bosques del Refugio, que paralizara el permiso a «Ecodólares» y detuviera todas las construcciones de proyectos turísticos que no contaran con los permisos de ley.

Mis hijos me ruegan que por favor no pierda la esperanza. Que me aferre a la esperanza como al graznido del último pájaro.

No puedo pedirle amparo a mi madre, a mi padre. No puedo pedirle amparo a Carlos Manuel, que está muerto. Ignoro si el Tribunal Constitucional va a querer ampararme. Esto es, sin lugar a dudas, el desamparo casi total.

Me siento impotente, aplastada. Ahora no puedo hacer otra cosa más que esperar, abrir bien grandes los ojos y ver en detalle cómo extinguen el esplendor del paraíso.

Verlo bien y contarlo, para que conste que una vez existió el paraíso. Me despidieron del Ministerio y me enajenaron la comunidad, los intereses comerciales parecen triunfar sobre la salud, la belleza, la vida. Ahora solamente «me queda la palabra».

Y como dijo Beto, un negro de Cahuita, «la palabra es la historia».

La palabra es la historia mientras se registre por escrito en algún lado.

¿En dónde dejar constancia de la canción melancólica del curré?

¿Quién la ha oído?

Mariana y yo solicitamos de nuevo al Tribunal –al haber acogido mi Recurso de Amparo y siguiendo la ley de jurisdicción constitucional– que paralizara los desarrollos turísticos ilegales.

Tiempo después, un lunes, me presenté en la Secretaría Constitucional para averiguar si había respuesta.

La respuesta del Tribunal decía: «Se ordena a la Municipalidad de Talamanca detener, en el Refugio de Vida Silvestre Gandoca, todas las construcciones que no cuenten con el permiso del Ministerio de Riquezas Naturales».

Entonces la Municipalidad debía paralizar inmediatamente la miniurbanización de Dominique y dos o tres proyectos ilegales más.

Me acordé de los millones que Dominique decía haberles pagado para que le dieran el permiso municipal.

—¿Ya transmitieron esta orden a la Muni? –pregunté al empleado del Tribunal.

—Claro que sí, hace mucho.

—¿Le avisaron a la Municipalidad por carta o por telégrafo?

—No sé.

—¿Usted podría averiguarme? Es que yo estuve ayer en la zona y la Muni no ha detenido nada.

No, no habían detenido nada. El domingo Dominique me había mirado con sonrisa de triunfo mientras colocaba un letrero que anunciaba la próxima inauguración de su restaurante, bar, *discotheque* y cabinas hoteleras, con música raggae a tan alto volumen que prometía sacar de las tumbas a los muertos. Pero no anunciaba lo más importante: su desaguedero fecal a la playa.

El empleado del Tribunal buscó y no encontró seña de que se hubiera avisado a la Muni.

—Voy a investigar, me dijo. Vuelva mañana.

Durante una semana fui todos los días al Tribunal pero no apareció ni seña del mensaje. Entonces las asistentes de los magistrados sacaron una copia de la orden y me aconsejaron llevarla yo misma, en comisión, a la Municipalidad de Talamanca en Bribri.

Viajé en automóvil horas fluviales, lluviosas, horas de un verde brillante como hule mojado.

Mis hijos mayores me acompañaron. Ninguno habló mucho durante el camino. Cuando dejamos la costanera para entrar en la montaña deforestada que lleva al pueblo indígena de Bribri, Andreas preguntó:

—¿Usted cree que van a parar el bailongo de la francesa? La inauguración será dentro de dos semanas, mamá.

—Mirá, Andreas, si no la detienen serán culpables de desacato ante el Tribunal Constitucional.

En Bribri hacía un calor del demonio. Entregamos la orden del Tribunal.

La Municipalidad se negó a obedecer. Entonces Mariana le contó la historia al director de un periódico. Un periodista viajó a la Playa del Árbol de Uva inmediatamente y en veinticuatro horas apareció el artículo con fotos: «Municipalidad de Talamanca se niega a obedecer las órdenes del Tribunal Constitucional».

Los regidores me llamaron. Fueron claros, directos, repetitivos:

—La odiamos, la odiamos, la odiamos, Daniela.

—¿Qué tiene de odioso querer preservar la belleza y la salud?

A contrapelo, los regidores paralizaron el desarrollo turístico de Dominique.

Creí que la francesa correría a solicitar el permiso del Ministerio. Pero no.

Un día de calor muy húmedo y opresivo, Dominique se reunió en Bribri con los regidores. Yo estaba en el pueblo y los vi de casualidad. Dominique entró en la oficina pisando fuerte. «Eliminen a Daniela como sea. Pagaré lo que haya que pagar. Exprópienla: según los mojones la mitad de su patio está en la zona pública», les ordenó con áspero acento francés. «Ganas nos sobran», le contestó un empleado de la Muni, «nosotros también la odiamos, pero expropiarla a ella significa expropiar como a cincuenta vecinos, Dominique, ¿por qué mejor no prueba el vudú?»

«Ya probé», contestó la francesa, «y no sirvió de mucho. Se estrelló en su automóvil, el auto se hizo añicos y ella salió ilesa». «Siga probando», dijeron los regidores. «No puedo, algo la protege», alegó Dominique mientras abría la billetera y los miraba con severidad.

Me toqué el pelo largo –resecó y aclarado de tanto sol– y le di las gracias a Yemanyá. Lo del accidente era cierto. Una tarde en que iba sola a cien por hora en una autopista, el carro se quedó sin frenos, me estrellé y se hizo añicos. El susto fue espantoso pero no me pasó nada, absolutamente nada.

Le conté a Mariana lo que oí en la Muni. ¿Estás dispuesta a perder la parte de tu patio que quedó en la zona pública cuando mojonaron? me preguntó. Le dije que si todos los demás vecinos entregaban lo que tenían en la zona pública: jardines, hoteles, casas, restaurantes y pulperías, claro que sí.

La orden del Tribunal Constitucional me alegraba pero no muchísimo: era un voto de confianza al Ministerio de Riquezas Naturales y lo ponía todo en sus manos.

Venciendo una fuerte resistencia interna y el recuerdo de algo así como una traición, llamé a Ana Luisa. Le pregunté qué iba a hacer el Ministerio con el voto de confianza. «No vamos a hacer nada, me respondió, la propiedad privada no admite limitaciones.» Ana Luisa: seca, hostil.

Decidí hablar con Margarita, la Jefa Legal de Parques, la gordita simpática. Por lo menos era humana y cariñosa.

Entrar en estas oficinas que dicen «Sistema de Parques» es una operación arriesgada. Lo supe cuando llamé a Margarita y uno de los abogados me echó un balde de agua fría telefónico:

—Por aquí ni se acerque, Daniela, aquí no la queremos. Tuvimos que ayudar a los demás abogados del Ministerio a contestar su calumnioso, injurioso y salaz recurso de amparo. El señor Ministro despedirá al funcionario que hable con usted.

Por eso sudo frío y huelo a animal asustado, cómo solicitar información sin que la persona que me la dé sea despedida.

Ana Luisa me había aconsejado tiempo atrás, cuando yo aún trabajaba en el Ministerio y el Ministro ya estaba furioso por mis cartas de denuncia a la Procuraduría, que comprara una de esas mascarita que consisten en una nariz muy grande, un bigote y unos anteojos.

Ana Luisa me había rogado que, los días en que ella no estuviera, por favor aprovechara mi fisonomía esbelta y me disfrazara de hombre con la nariz, el bigote y los anteojos falsos si por alguna razón importante debía ir a mi oficina en el Ministerio. Así el Ministro no me reconocería. Y así evitaba ponerla a ella en un aprieto.

Por eso hoy vengo a las oficinas del Sistema de Parques disfrazada de hombre narigón, bigotudo y con anteojos. Pero siempre me da miedo que alguien descubra el disfraz.

Me presento a la recepcionista como Jorge Boscoso y le pido una cita con la Jefa Legal.

Viene la secretaria del Departamento Legal y me da la cita:

—¿Cómo dijo que se llamaba, señor?

—Licenciado Jorge Boscoso, experto en turismo naturalista.

Hoy Jorge Boscoso, experto en turismo naturalista, tiene cita en el Sistema de Parques. La secretaria de doña Margarita me dice:

—La Jefa está ocupada pero en media hora lo atenderá.

—¿Puedo esperar en esta sala?

—Sí, claro, pase, siéntese allí.

Qué susto, qué taquicardia, entra como Pedro por su casa el hombre de los diez *bypasses* con su chaqueta de cuero, seguido del diputado acusado de legislar en beneficio propio. Pasan a una oficina y cierran la puerta.

Aguzo el oído pero sólo me llega el murmullo.

Aproximadamente a la media hora salen el Ministro, el hombre artefacto, el diputado y un abogado del Sistema de Parques. La secretaria me avisa:

—Pase, señor Boscoso, doña Margarita ya lo va a atender.

Me presento, la saludo, saco un cuaderno y le pido detalles sobre los internacionalmente famosos Parques. Ella cuenta emocionada que los Parques son como sus hijos, los vio nacer, los ayudó a crecer, ella es la ginecóloga obstetra de los Parques. Dice que pobrecitos: muchos se están muriendo, se van a morir porque desgraciadamente están en propiedad privada y... Yo la interrumpo porque no deseo oír la sentencia de Arenal otra vez. Más bien aprovecho para preguntarle qué le pareció el recurso de amparo de Daniela Zermat, si al Sistema de Parques no le alegra una acción legal en pro de la naturaleza.

—Ella y Mariana no pueden ganar ese recurso porque matarían de hambre a tres mil familias.

Espero que no haya sorprendido mi palidez. ¿Matar de hambre a tres mil familias? ¿Cuáles? Me tiemblan las manos.

—¿Por qué dice eso, licenciada?

Del susto casi se me olvida enronquecer la voz.

—Es un crimen lo que Daniel Zermat está haciendo. Pretende detener el desarrollo sostenible de una comunidad, privarla de su derecho al progreso. Es un crimen lo que ella hace.

—Es que, si no leí mal el recurso...

—Ah, ¿usted lo leyó, señor Boscoso?

—Siempre reviso las acciones legales relacionadas con la naturaleza.

Margarita dice que la fundamentación legal de Mariana es muy buena pero llena de errores, dice que por ejemplo Mariana cita las convenciones internacionales, como si las convenciones que firma el Estado se pudieran aplicar así no más.

—Ay, doña Mária, ¿entonces firmarlas es como no firmarlas?

—Exactamente, don Jorge. Firmar convenciones y no crear leyes y normas para darles contenido es como no firmarlas.

Saqué la Constitución del bolsillo y leí en voz muy alta el artículo siete: los convenios internacionales *«tendrán desde su promulgación o desde el día que ellos designen, autoridad superior a las leyes»*.

En ese momento se abrió la puerta y se asomó una cabeza preguntando «¿Quién grita?» Era la célebre Medea, la Jefa Legal General del Ministerio. Entró, se presentó y le anunció a Margarita que el Ministro la estaba esperando para otra reunión, pero que la conversación estaba muy interesante, que había oído mis gritos desde afuera y que ella continuaría la entrevista. Margarita salió y Medea me explicó que los convenios internacionales eran sólo «cartas de intenciones» y no se podían aplicar.

—Qué raro, doña Medea. Un emérito juez de la Corte Interamericana de Derechos Humanos ha dicho que «precisamente, es la insuficiencia de los recursos domésticos lo que explica y justifica la salvaguardia internacional».

—Pues el Juez ese no sabe nada de nada, don Jorge. ¿Quién es?

—El emérito Tomás Buergenthal, doña Medea.

—Aquí no lo conocemos. Y si usted ve a Daniel dígame que se cuide. Tres mil familias.

—Está raro eso, es que en la parte accesible del Refugio Gandoca ni siquiera hay dos mil personas. Además, lo que Daniela y Mariana desean *no* es detener el desarrollo. No. Ellas quieren cambiar el desarrollo actual del Refugio Gandoca porque no es sostenible. No va a sostenerse. Mire, yo estoy totalmente de acuerdo con ellas. El desarrollo actual es tan difícil de sostener que cuando fui a conocer la Playa del Árbol de Uva, un señor se había hundido con todo y jeep en uno de los inmensos drenajes que hizo una francesa para sacar las aguas negras al mar. Cuando terminé mi gira por la zona, una semana después, todavía el jeep continuaba enterrado. Andaban buscando un tractor más grande para sacarlo del fondo del hueco. Cuando Daniela se opuso a la construcción de esa acequia la quisieron encarcelar. Si el desarrollo hace que los turistas se hundan, pues no se sostiene.

—Yo no conozco las zanjas pero discrepo totalmente con usted en cuanto al inconveniente que representan. Para un turista norteamericano, aburrido de la uniformidad de sus carreteras, caerse en un hoyo del Refugio Gandoca puede ser la aventura de su vida, don Jorge.

—Que desfondarse en una zanja de aguas negras sea una aventura turística es cuestionable, doña Medea, máxime que la epidemia de cólera ya está en el país.

Medea suspiró y volviendo los ojos al cielo dijo que era necesario desmitificar las aguas negras. Que los desechos fecales eran alimenticios y que si al capital extranjero se le ponen regulaciones simplemente no viene y entonces no se desarrolla el país. Medea subió el tono para agregar:

—El problema de Daniela es que no es tolerante. Es la única persona que está armando alboroto por la tala de bosques y las aguas negras, la única. Eso prueba que el desarrollo del Refugio Gandoca sí se sostiene, lo que pasa es que Daniela no sabe nada de economía, se enoja con nosotros porque le vamos a evitar al país un inmenso gasto de divisas: vamos a poner un equivalente de Miami en el Refugio de Vida Silvestre Gandoca.

—¿Miami? Entonces Daniela tiene razón.

—No, no tiene razón de atacarnos, porque será justamente un Miami ecológico. Es un proyecto maravilloso que le estamos presentando al Fondo Monetario Internacional y al Banco Interamericano de Desarrollo, un proyecto con el cual el Presidente se puede ganar el Premio Nóbel de Economía y el de Ecología. ¡Usted se imagina el ahorro estable de divisas y las

enormes ganancias que traerá un centro comercial ecológico en una de las partes más pobres de nuestro país!

—Me encantaría conocer ese proyecto, doña Medea.

—Cuando esté listo se lo enviaré. Mire, le digo que Daniela no conoce a sus compatriotas: los costarricenses apenas se ganan unos dolarcitos buscan invertirlos en un condominio en Florida con todas las comodidades, no se van a meter a una selva donde no hay televisión ni cabarets ni *discotheques* ni tiendas, una selva insalubre donde se pueden contagiar de *leichmaniasis*, sarampión, cólera y paludismo, qué horror. Don Jorge, vamos a hablar con sinceridad: vea, los conservacionistas se parecen sospechosamente a los izquierdistas. Se oponen al progreso. Ahora, el único progreso posible es el del capitalismo. El socialismo murió. Entonces, por deducción lógica, se oponen al capitalismo, *ergo* son comunistas, ve usted. Nosotros queremos lo mejor para el país y por eso defendemos la tecnología, el capital extranjero, los avances de un desarrollo turístico como el de España, como el de México, países que nos están dando excelente asesoría. Don Jorge, ¿usted conoce al Ministro de Turismo y Masa?

—Sí. Yo...

—Es un hombre brillante. Acaba de inventar la definición universal del ecoturismo: «Que los hoteles no sean más altos que la palmera más alta». ¿Qué le parece, señor Boscoso? ¿Verdad que es un portento? Estoy gestionando que la incluyan en la segunda edición del Diccionario Ecológico. Con esa definición nuestro país se salva.

—¿Se salva de qué?

—De los rascacielos. Don Jorge, como bien dice el Ministro de Turismo y Masa, es un crimen oponerse a un deslumbrante proyecto hotelero de esos que tienen transparentes piscinas, miles de habitaciones con aire acondicionado, agua caliente, inmensas avenidas asfaltadas en lugar de caminitos polvorientos, y elegantes restaurantes con platos de cocina internacional, alegando que se destruyen los arbolitos o los cementerios indígenas o el patrimonio. ¿Acaso el pueblo come de los árboles o de unas cuantas vasijas o estatuas? ¿Cómo va a detener usted algo tan extraordinario como una inmensa inversión de millones de dólares por la única y tonta razón de que a lo mejor lo prohíbe la ley?

Daniela, dejá ya de disfrazarte de Jorge Boscoso, me dice Mariana. En cualquier momento te pueden descubrir. Tomá este informe sobre una reunión importante que hubo en ese Ministerio para tratar el asunto de las urbanizaciones en el Refugio Gandoca. Léelo inmediatamente.

El Ministro y algunos de sus asesores se encuentran reunidos con los italianos de la Compañía «Ecodólares S.A.»

—Señores inversionistas, dice el Ministro, hay que prever una alternativa inteligente en caso de que el Estudio de Impacto Ambiental y la Ley Forestal o de Vida Silvestre nos obliguen a reducir un poquito la urbanización.

—Pero usted nos había dicho que se iba a permitir tal cual por ser propiedad privada, alegó un abogado de la Compañía «Ecodólares».

—Estee, sí, todavía sostengo esa tesis, pero no está de más reforzar positivamente el concepto de la urbanización. Como decimos aquí, «amarrarla» a niveles más altos. Para que el proyecto de ustedes resulte más atractivo que cualquier alternativa ambientalista como eso de levantar *bungalows* sin cortar muchos árboles y otras estupideces por el estilo. A ver, expóngame la idea, Señor González.

El asesor del Ministro se levanta, se aclara la voz y dice:

—Mi propuesta es jugar con armas económicas y con las mismas armas de los verdes. Para empezar, la urbanización y los centros comerciales serán ecológicos, «verdes». Consideren esto: uno de los objetivos del Gobierno es asegurarse a largo plazo una entrada estable de divisas. Ahora, nuestro país pierde todos los años millones de dólares por los costarricenses que viajan a Miami a hacer compras, sobre todo en la época de Navidad. Nosotros vamos a proporcionarle al Gobierno una entrada regular de divisas y un ahorro efectivo de por lo menos la mitad de los dólares construyendo un Miami en el Refugio Gandoca. Un Miami de la Selva. Además del salón de patines en hielo, habrá todas las tiendas de Miami y la Florida pero en ecológico: un Burdine's de la Selva, un J.C. Penney de la Selva, un...

—Bueno, aventuró una persona, es que no va a haber selva...

—Sí, es verdad, no había pensado en ese pequeño detalle. Entonces digamos un Burdine's Verde, un J.C. Penney Verde, un Macdonald's Ecológico, una *discotheque* ecológica, construida con material cien por ciento aislante para que el ruido no moleste a los pajaritos.

—Bueno, aventuró de nuevo la misma persona, es que si ya no hay selva tampoco va a haber pajaritos...

—No habrá selva pero sí árboles, no ve que nosotros tenemos previstas áreas verdes, reforestadas con especies nativas como el pino hondureño, el eucalipto...

—Ésas no son especies nativas.

—Bueno, señor, me parecen sospechosas sus objeciones, ¿usted no es comunista? Buscaremos las especies nativas y sembraremos de ésas.

—Disculpe, es que no soy comunista, soy biólogo y sí que si el hábitat cambia, las especies nativas no se podrán desarrollar pues necesitan...

—¡Sembraremos las especies que se pueda! —gritó el asesor del Ministro, exasperado. Prosigo: el Presidente presentará el proyecto al Fondo Monetario Internacional y al Banco Interamericano de Desarrollo con un plan inteligente de Canje de Naturaleza por Deuda, digo, perdón, Deuda por Naturaleza. Se aprobará de seguro, no solamente por el ahorro de divisas que significa el que en diciembre los costarricenses vayan a hacer sus compras al Refugio Gandoca, sino que al ser Verde y estar lo Verde de moda, captaremos miles de turistas de otros sitios que vendrán a pasar una Navidad Verde. Los pobres habitantes de Nueva Inglaterra que se congelan en sus Navidades Blancas vendrán a disfrutar de una Navidad Verde y podrán degustar todos los platos que están acostumbrados a comer allá: ostras, pavos...

—Ya casi no hay ostras en el Refugio Gandoca... el banco genético del ostión de mangle está a punto de extinguirse...

—Las importaremos.

—A largo plazo eso no es sano para la economía.

—Entonces estableceremos criaderos de ostras en el Refugio y así daremos trabajo a los pescadores del lugar.

Una asesora del Ministro batía palmas de felicidad diciendo: «¡Qué rico, comer ostras grandes, americanas!»

—¿En el canje de deuda por Naturaleza, nosotros damos la naturaleza y nos quedamos con la deuda o es al revés, damos la deuda y nos quedamos con la naturaleza? —preguntó un asesor del Ministro.

Nadie le quiso contestar.

El inversionista italiano se mostraba inquieto. El Ministro lo tranquilizó diciéndole en voz baja:

—Los centros comerciales serán de ustedes y alquilarán los locales a Burdine's, etc.

La cara del italiano se iluminó. Todos salieron de la reunión felices con el proyecto, salvo el biólogo que seguía preguntando cómo quedaría el hábitat después de rellenar los pantanos.

—El biólogo es mi amigo, dijo Mariana. La compañía «Ecodólares» está totalmente segura de que su proyecto no lo detendrá nadie.

—¿Ni aunque nosotras ganemos el recurso de amparo?

—Parece que el Miami Verde se establecerá aunque nosotras ganemos el recurso de amparo.

—¿Pero cómo es posible?

—No lo sé, no lo sé. Madre santísima, Daniela, qué desamparo.

Estoy agotada. Y al llegar a la casa debo aún desmaquillarme, despegar cuidadosamente de mi nariz la nariz del simpático Jorge Boscoso, quitarme las cejas pegadas con goma, el bigote tupido...

Disfrazarme de Jorge Boscoso introduce el humor, es decir, la distancia, para que la aflicción y el desánimo no me devoren o por lo menos para que no me devoren tan rápido. Pero disfrazarme de Jorge Boscoso es cansadísimo.

Cuando abro la puerta, mi hijo menor siempre se desternilla.

—¡Aquí viene mami disfrazada de hombre!

Cree que es un juego que hago para él, tiene apenas tres años. Lo alzo, lo beso, le digo que soy su tío don Jorge Boscoso. Me hala el bigote y nos divertimos un rato con el personaje. A veces estoy tan cansada que me siento a comer con ellos sin quitarme el disfraz. Anita, la empleada doméstica, se preocupa y mientras sirve la cena me echa miraditas.

Hoy al llegar, no sale a recibirme mi hijo menor sino que salís vos, amigo. No te había contado lo de mi *alter ego* Jorge Boscoso y tu susto es mayúsculo.

—No, no estoy loca, dejame explicarte.

Atrás oigo las carcajadas de los niños.

Exigís que me quite el disfraz antes de cenar, has venido a cenar con nosotros y has traído platos especiales del restaurán chino que mis hijos adoran, chop suey y chou mein. Me hacés ver que se trata de una ocasión especial y por lo tanto tenés derecho a exigir que se cene con Daniela, no con Jorge Boscoso. Te digo que es una lástima porque Jorge te puede contar lo que hoy...

—Hablemos de otra cosa, mujer, vení.

Me llevás al cuarto de aseo. Buscás las cremas y me obligás diligentemente a desmaquillarme.

—Te vas a arruinar el cutis. ¡Ay, Daniela, Daniela, tan hermosa y tan loca!

—No me digás loca que así me decían en el Ministerio, «la loca de Gandoca».

—Es buena tu locura, es tu rasgo más genial.

—Pero no es *locura*. No repitás eso.

—Perdón, yo no lo decía en sentido peyorativo, al contrario.

Durante la cena me acuerdo de que la compañía «Ecodólares» ya compró los transformadores para la electricidad de la urbanización y regaló al Ministerio y a la Municipalidad el camión para recoger la basura y tirarla a los ríos, y entonces, a pesar de que el chou mein está delicioso, no puedo tragar bocado. Explicame, decís vos, qué están haciendo para ayudarte los grupos conservacionistas.

—Aparte del apoyo logístico que me han dado la Asociación para el Agua y la Fundación para el Ambiente...

—No, me refiero a las ONGs que trabajan en esa zona.

—Nada, no han hecho nada. No van a hacer nada.

—Explicame. ¿Fuiste a verlas?

Sí, sí fui a verlas. Una era la Asociación Pidumpié, establecida en el Refugio Gandoca desde su creación. Me dijeron:

—Nosotros tenemos ya muchos problemas para echarnos una lucha con el Ministro. Además, hemos dado demasiado dinero para ese Refugio. Por ejemplo, nosotros le pagamos al Administrador.

—No hay Administrador.

—Igual le pagamos. Mire, nosotros hemos tratado de cuidar ese Refugio pero nada hace una ONG si la autoridad estatal bloquea las medidas administrativas que la ONG propone. Eso es lo que nos ha pasado. Usted misma dice que antes sí veía controles. Bueno, los pocos controles que nos permitían nos los fueron quitando.

—Pero ustedes deberían ser más combativos, exigir la planificación, la regulación...

—Es que la abogada de nuestra organización dice que no hay una sola norma legal que se pueda aplicar al Refugio.

—Eso no es verdad.

—Tiene que ser verdad, ella sabe muchísimo.

—Nosotras pusimos el Recurso de Amparo porque se aplican allí unos cinco artículos de la Constitución Política, unas siete convenciones internacionales que tienen mayor fuerza que la ley, y dos leyes: la Ley Forestal y la de Vida Silvestre, y el Decreto y el Reglamento del Refugio.

—¡No me diga!

—Ah, también se aplica la Convención Americana de Derechos Humanos.

—¿Qué es eso?

Luego del fracaso con la organización Pidumpié me fui a la famosa UCN. Allí me dijeron que ellos preferían no entrar en conflicto con el Ministerio. Y después agregaron que había que perdonar al Ministro, que no era culpa suya, que simplemente había recibido una orden mesiánica.

—¿Recibió la orden mesiánica de destruir?

Los funcionarios de la UCN asintieron con sus sabias cabezas.

Después de esos dos relatos y mi voz tan triste, mis hijos ya no quieren comer, de pronto le encuentran un sabor raro al chou mein. Vos te ponés furioso, amigo. «Dejá de contarles tragedias, los vas a enfermar», me decís. Pero ésta es mi «huida hacia adelante», mi «*fuite en avant*», no puedo detenerme, ah, y vieran lo que me pasó camino a...

—Otro día lo contás, Daniela. Por favor, hablemos ahora de cosas bonitas.

Pero los niños quieren que siga, abren los ojos como platos.

—Pues hoy Jorge Boscoso venía triste, como les conté, por los transformadores y camiones de basura y todo aquello. Camino acá hay un lugar bellissimo que es mi solaz. Es una casa antigua, preciosa, declarada Patrimonio Histórico de la Nación: la Casa de las Fuentes. Pues hoy en la tarde necesitaba urgentemente la paz de esos laberintos de piedra y musgo y agua. Cuando llegué me encontré con una aplanadora demoliendo paredes. Las fuentes ya no existían, sólo montones de escombros y las tuberías arrancadas. Me fui enseguida al Ministerio de Cultura a preguntar con base en qué se demolía el Patrimonio Histórico. Me contestaron: «Es que el dueño la necesita para hacer un parqueo. El Gobierno está sin fondos para expropiar...» «Pero es Patrimonio Histórico, ¿por qué no le piden al dueño que la restaure y en vez de demolerla haga algo más bonito y lucrativo que un parqueo?» «Porque es propiedad privada. La propiedad privada no se puede limitar, aunque sea Patrimonio Histórico». Eso dijo la funcionaria del Ministerio de Cultura.

La playa de conchas blancas refleja la luz con una violencia de bisutería. Cierro los ojos. Vivo el exceso de luz como una medicina. Vine a este mundo extraño: el litoral Pacífico, para olvidar.

Con una sonrisa me extiendo sobre el brillo de la arena perfecta. Pero muy pronto pierdo la sonrisa pues vuelvo a acordarme de Carlos Manuel y la vez que visitamos esta playa, Conchalito. ¿A dónde no fuimos juntos? ¿Qué sitio, qué aire, qué agua no gocé con él?

Me dormí sobre la arena pensando en aquel fin de semana con vos, Carlos; estamos leyendo *Masks*, de Fumiko Enchii. Vos decís algo sobre el personaje Mikamé y yo repito «Mikamé» y nos da risa. Miro la suave hendidura de tu mentón, admiro tu gallardía. El fulgor de tus ojos verdeamarillos destella como las hojas de los chilamates y tu piel morena está caliente como la playa. Me tomás por los hombros y me besás en el agua radiante y árida de Conchalito.

Me despertó una bandada de pericos ruidosos que se comían las flores del roble de sabana.

Tu recuerdo, Carlos, estaba empezando a dejar de doler.

Reí en la playa preciosa bajo el cielo intensamente azul.

Tomé un puñado de arena: concha nácar, bivalvas, tirabuzones, pucas, los grandes caracoles de cambute y diminutas, microscópicas maravillas. Conchalito era una playa formada únicamente de conchas: en trocitos, molidas o enteras. Un lujo incomparable, natural. No hay otra playa como ésta en todo América, desde el Estrecho de Bering hasta el Cabo de Hornos.

Abrí los dedos y dejé caer las conchas pulverizadas por las mareas perfectas, predecibles, azules, opuestas al carácter de mi Caribe. Respiré hondo. Por primera vez en muchísimos meses me sentí relajada y hasta casi feliz. Pensé que se debía al tiempo que lo alivia todo, al año que había transcurrido después de tu muerte. A la tranquilidad salvaje de Conchalito.

Decidí caminar.

Me alejé de la playa hacia el bosque seco y las flores endémicas de la tierra agostada. Las raíces de los árboles eran exteriores y abrazaban apasionadamente la piedra.

De lejos, un grupo de hombres con trípodes me llamó la atención. Medían la playa y el bosque.

Me acerqué a preguntarles qué estaban haciendo, si iban a filmar allí una película.

—No, ninguna película —respondió un tipo amable—. Somos los representantes de la compañía italoespañola Bronceados de Oro. Traemos el progreso. Vamos a hacer aquí un hotel de siete estrellas, tres campos de golf y tres mil habitaciones. Para empezar.

Camino por la arena. Cae el sol en una fiesta roja. Ésta es probablemente la última vez que veré Conchalito en su esplendor natural. Pienso en el día que nos enamoramos y de pronto ya estoy tarareando el bolero: *...pero el destino marca un camino que nos tortura y entre mis brazos quedó el espacio... y desde entonces te estoy buscando para decirte que como un niño, cuando te fuiste me quedé llorando...*

Entre mis brazos quedó el espacio de tu figura. Y desde entonces te estoy buscando Carlos Manuel para contarte tantas, santísimas cosas y te busco a pesar mío y cuando menos lo espero, cuando creo que tal vez ya te estoy olvidando, te busco en el pasado y aquí en Conchalito y lloro como una niña, Carlos Manuel.

Estoy con mis hijos en el cuarto de música. El mayor, Andreas, toca en el piano *La Catedral Sumergida*, de Debussy. Sabe que es una de las piezas que más me gustan. Sus dedos de virtuoso llenan el aire con un agua modernista que me distrae.

El segundo estudia unas partituras y espera que Andreas termine para iniciar su práctica de saxofón alto. Y el pequeño acurruca sus mejillas redondas contra mi hombro y me pide un cuento. Me alivia pensar que en un mundo de valores de mercado, al menos pude darles esta vida interior.

—Doña Daniela —nos interrumpe la empleada—, la busca un muchacho.

—Estoy ocupada. Pregúntele qué se le ofrece.

—De sopetón me dijo que era muy urgente. Urgentísimo.

—Bueno, ya voy.

—Doña Daniela, cómo está, disculpe que le interrumpa su domingo en familia. Soy Máinor Rojas, me acaban de dar el puesto de Encargado de Refugios en el Ministerio de

Riquezas Naturales. No sé si usted sabía que volvieron a pasar los Refugios a la oficina de Vida Silvestre.

—Mucho gusto, Máinor. Mire, los Refugios bailaron por siete oficinas en menos de un año, así que ya yo perdí la cuenta, no sé si en el último capítulo estaban en la Forestal o allí en Vida Silvestre.

—Vea, la busco porque necesito desesperadamente su ayuda.

—¿Mi ayuda? Soy una persona *non grata* en el Ministerio. Además, estoy saturada, totalmente saturada. No quiero oír hablar de Gandoca por un buen rato. Llámeme en dos semanas. Ahora estoy escuchando *La Catedral Sumergida*.

—¡No, por favor no se vaya! Necesito que me ayude. Es muy urgente. Usted sabe que en los últimos bosques del Refugio Gandoca se ha estado sacando muchísima madera.

—Ilegalmente, Máinor. He visto pasar los camiones llenos de tucas.

—Legalmente también. La Oficina Forestal de Limón autoriza la tala y folea sin consultar a la oficina Forestal central, Daniela.

—Si consultan a la Oficina Forestal de San José, igual dan el permiso.

—Pero por lo menos se llevaría la cuenta. En todo caso, yo me presenté en la Oficina Forestal de Limón, los metí en cintura, me traje los expedientes madereros del Refugio Gandoca y áreas aledañas para San José y dio orden de paralizar todo mientras estudio la situación.

—Usted es un hombre valiente.

Sí, Máinor parecía ser un hombre valiente y me quedé escuchándolo mientras Andreas continuaba en el piano *La Catedral Sumergida*. Dice que llegó a la Forestal de Limón a media mañana en ese calor húmedo y pidió los expedientes de los madereros. No se los quisieron dar. Tuvo que arrebatárselos a los inspectores. Expedientes en mano descubrió que sesenta y cuatro personas sacaban o tenían la intención de sacar madera del Refugio Gandoca y áreas aledañas.

—¡Ay puta, sesenta y cuatro es demasiado! Mejor llame al Viceministro y me deja a mí con *La Catedral Sumergida*. Adiós.

—No, no, mire, el Viceministro no quiere o no puede hacer nada. Calculo que si se permiten esos mal llamados aprovechamientos forestales, se perderán unas seiscientas hectáreas de bosque primario. Usted sabe que es lo último que nos queda. Yo y el nuevo Administrador del Refugio Gandoca...

—¿Por fin nombraron un Administrador? ¡Qué dicha!

Dice Máinor que él y el nuevo Administrador fueron a ver los árboles que iban a cortar. Desde que entraron en la primera finca notaron un gluglú cantarino. Con botas de hule hasta la rodilla recorrieron los árboles acompañados siempre por el gluglú. Cuenta Máinor que el ruido cantarino no los abandonó en ningún momento porque todas las solicitudes de tala estaban cerca de nacientes de agua, ríos o lagunas.

Recordé que el maestro del pueblo de pescadores había dicho que iban a talar los bosques que protegían el agua.

—Daniela, necesito que una abogada inteligente me ayude a denegar todos o parte de esos permisos.

—Máinor, la persona que usted necesita es Mariana.

Máinor y Mariana se reunieron. Ella le dijo que los bosques cerca de nacientes, alrededor de cauces y en pendiente, eran *per se* Zonas Protectoras aunque no hubiesen sido declaradas como tales. Le recordó:

—Máinor, según la Ley en este país hay cuatro tipos de área protegida: el Parque Nacional –intocable, propiedad del Estado–, la Reserva Biológica –muy difícil de tocar, propiedad del Estado–, los Refugios de Vida Silvestre –mixtos– y las Zonas Protectoras –el dueño no pierde la titularidad del bien y el Estado impone las limitaciones que considere necesarias, esto según una sentencia reciente del Tribunal Primero. Las solicitudes que usted me ha enseñado están casi todas en Zonas Protectoras «per se».

—Exacto.

—Bueno, hay que trabajar con base en la sentencia del Tribunal Primero, imponiendo limitaciones a la propiedad privada para proteger el agua.

—Yo preferiría denegar de plano los permisos. Los árboles están en lugares tan frágiles que no aguantan ni un manejo cuidadoso.

Máinor volvió a llamarnos, desesperado. Dice que denegó los permisos madereros y Medea, la Jefa Legal General de todo el Ministerio, se encolerizó. Lo llamó a su despacho y le dijo con voz estridente que se metiera en la cabeza de una buena vez que en este país era inconstitucional decir que no. Máinor, en un hilo, nos dijo que Medea lo estaba obligando a otorgar los permisos.

—No, Máinor –le dijo Mariana–. Yo revisé con detenimiento toda la documentación. Las fincas en que desean talar tienen títulos de propiedad nuevos, del Instituto Agrario. Fíjese y verá que esos títulos excluyen el aprovechamiento forestal por cinco años. Puede denegar tranquilo los permisos.

—¡Ay, qué bien!

Pero como en un cuento popular lleno de maleficios que se encarnan en fórmulas repetitivas, Máinor volvió a llamarnos, desesperado, porque denegó los permisos basándose en la cláusula del título de propiedad y entonces la Oficina Forestal intervino, dijo que esa cláusula era inconstitucional, que la práctica era ley y que ellos siempre daban los permisos antes de los cinco años, es más, a los dos días.

—No lo dudo, con razón este país está como está, comenté yo.

—Vea, Máinor, no se desespere –le dijo Marina– otorgue los permisos con las limitaciones que permite la ley en zonas delicadas. Por ejemplo, que saquen la madera con bueyes y no con máquinas, etc. Pero eso sí, que envíen pronto un inspector a ver si de veras los madereros están respetando las limitaciones. Y si no las están respetando, derogan el permiso.

—Excelente idea, claro, claro.

Pero otra vez la fórmula maléfica, repetitiva, hechizante: la llamada de Máinor. Nos reunimos.

—¿Y ahora qué? le preguntó Mariana.

—Pasaron otra vez los Refugios a la Oficina Forestal y...

—¡Ocho! –gritamos al unísono Mariana y yo.

—¿Ocho qué? –preguntó Máinor sobresaltado.

—Ocho oficinas distintas en un año, los refugios han bailado por ocho oficinas y siguen bailando. Si esto fuera una novela y no la pura verdad, dirían que el autor abusa del *Deus ex machina*, le expliqué.

Pero Máinor nos dijo que no era sólo eso, ojalá, sino que el Ministro le quitó de las manos los expedientes de los madereros de Gandoca y los devolvió a la oficina Forestal de Limón. Mariana le aconsejó que no se afligiera, que ayudara a los técnicos de Limón a poner limitaciones y a supervisarlas. Máinor explicó que Medea se oponía rotundamente a las limitaciones. Mariana le dijo: «Aproveche que Medea no trabaja en Limón y vaya a convencer a los técnicos de allá, llévelos a ver los árboles, llévelos sobre todo a oír el gluglú.»

—A mí no me dejan llevarlos y a ellos no les gusta ir al Refugio Gandoca.

—No, no les gusta. Dicen que se pierden –les recordé.

—Sí, mi experiencia ha sido que se pierden, nunca llegan –corroboró Máinor.

Mariana sugirió entonces que les enviara una brújula.

Otra vez el poder del maleficio, las palabras encantadas que transforman en sapos a los príncipes y los bosques en aburridos peladeros, la repetición desesperante de la canción. Máinor desesperado. Dice que los técnicos de Limón aceptaron ir al Refugio Gandoca pero la brújula no les funcionó. Se les desvió el norte a partir de Puerto Viejo por la arena magnética, la arena negra que tiene magnetitas. Cuenta Máinor que entonces les envió una brújula más grande y más resistente. Tampoco les sirvió. No hay manera de que lleguen, no hay manera de que pongan limitaciones y menos aún de que las supervisen. No habrá manera.

Estaba harta de la situación del Refugio Gandoca, pero no podía quedarme cruzada de brazos. Eran los bosques que yo más quería, amén de todo el asunto de la biodiversidad.

Llamé a un periodista y le expliqué el problema. Le mostré las solicitudes de los madereros que yo diligentemente había fotocopiado –eran documentos públicos– y el dictamen de los biólogos e ingenieros certificando la fragilidad de las zonas. El periodista se fue a investigar. Además escribí una carta de fuerte protesta al Ministro con copia a todo el país, al Defensor de Derechos Humanos, al Contralor, a los diputados, etc. A ver si esos señorones lo obligaban a proteger el gluglú.

Varios días después salió un inmenso artículo en el periódico documentando el desastre de Refugios y de la Forestal y denunciando la pérdida inminente de seiscientas hectáreas de bosque en el sur de Limón. El periodista había hecho un buen trabajo, los señorones se habían interesado y conminaban al Ministro a proteger el gluglú. Por primera vez en año y medio dormí tranquila.

Pero al día siguiente salió otro inmenso artículo con foto de Máinor desmintiéndolo todo, con foto del Director Forestal –no el Director Superior, sino el otro– asegurando que la información periodística era una abyecta mentira, que todo era un montaje, que no había tala, que no había desastre, que no había gluglú, que todo se estaba cuidando, arreglando, componiendo. Se aseguró a los señorones que todo estaba bajo control, los bosques intactos y Refugios y la Forestal a las mil maravillas.

—Máinor, ¿por qué, por qué desmintió todo, por qué, por qué?

—El Ministro se puso como un demonio y me lo ordenó, el Director Forestal también. Ambos me amenazaron con despedirme.

—Pero ¿por qué mintieron?

—Porque el Ministro dice que lo único que le interesa a usted es desprestigiar a los abnegados funcionarios.

—¿Y ahora qué va a pasar con los árboles?

—No sé, Daniela. Yo no puedo arriesgarme a perder mi trabajo.

En año y medio y a fuerza de llevarme guamazos había descubierto lo que pasaba en este país. Los gobiernos se llenaban la boca asegurando al mundo entero que el veintiocho por ciento del territorio estaba bajo algún tipo de protección. Y cuando una acudía al Ministerio de Riquezas Naturales a solicitar que ejercieran esa protección, contestaban que era imposible, que lo único que se podía medio proteger era eso que llaman «patrimonio de los costarricenses» —que tampoco es tal, cuesta tan caro ir que el ochenta por ciento de los costarricenses no lo verá nunca—: los Parques indemnizados. Entonces no era veintiocho por ciento, sino menos del diez por ciento del territorio. Y además ese diez por ciento a punto de morirse. Nombres sonoros y evocadores de tortugas verdes —Tortuguero—, árboles que sangran por ciclos como las mujeres —Cahuita—, transparentes brazos de mar —Manuel Antonio— o tesoros coloniales —la Isla del Coco— eran pura destrucción: miles de toneladas de basura, de plaguicidas, tal inmisericorde, concesiones ilegales a compañías extranjeras y cientos de mega proyectos turísticos devastadores como el del hotelero masivo Serafín Cataló que había destruido un manglar, el hermoso río Pánica, una montaña, dos cementerios indígenas y estaba apropiándose de una bahía entera. Y según las autoridades no había manera de regular estas inversiones, pues si el capital extranjero se regula, se va.

Recordé que según los científicos, los suelos de Costa Rica se pierden a un ritmo de cuatro millones de toneladas por año. Y ciertas cifras nos han señalado como el país más deforestador de la tierra.

Nos sentamos a la orilla del mar. Es una tarde soleada, en Playa Chiquita. Estoy con Robinson, mis tres hijos y Gloria, descendiente de viejos jefes cabécar o bribri. Robinson me pregunta cuándo decidirá el Tribunal Constitucional si me ampara o no. Le respondo que la decisión del Tribunal Constitucional puede tardar años. Robinson comenta que entonces será demasiado tarde. Demasiado tarde para el Refugio Gandoca.

Es por las zompopas —opina la hija de indios—, mis parientes bribri y cabécar dicen lo siguiente en una proclama que tiene por nombre «Cuidando los regalos de Dios»: «Hay una gran diferencia entre el indio y el blanco. Vea usted las zompopas, cómo ellas trabajan todas juntas, limpian y cuidan todo su terreno. Donde viven las zompopas todo está limpiecito, porque cortan todas las hojas y hacen sus grandes nidos. Así es el blanco, es muy trabajador, pero destruye la naturaleza. Va limpiando, limpiando, limpiando para hacer sus ciudades; pero allí donde él vive, no hay nada. El blanco tala todo lo que es montaña, todo lo que es verde, y donde él vive, ya no quedan árboles, no hay ríos.»²

² Tomado del libro *«Cuidando los regalos de Dios: testimonios de la Reserva Indígena Cocles/Kekoldi»*, p. 16. Escrito por Paula Palmer, Juanita Sánchez y Gloria Mayorga, Vicerrectoría de Acción Social. U.C.R. San José, 1988.

Gloria dice que los *awapa* han venido soñando un mal sueño. Han visto a Talamanca destruida.

Pero no hay que desesperarse, dice mi hijo mayor.

Andreas se esperanza con sólo ver la línea tensa de una palmera que el viento dobla. Cree en la vida. Tiene solamente doce años.

No ha atravesado el amor y la muerte, como yo. No ha atravesado la esclavitud y el dolor de la raza, como Robinson. No ha sido despojado, como Gloria.

La voz de Robinson adquiere un tono solemne. Me dice: Daniela, hace pocos meses, cuando el hombre de los diez *bypasses* o sus amigos te amenazaron con quemar tu casa y vos llegaste a mi oficina a contarme, dijiste: «Ahora solamente me queda la palabra». Y Beto, tu amigo de Cahuita, observó que eso era mucho. Porque los negros ni siquiera palabra hemos tenido. Y Beto agregó entonces, «la palabra es la historia». Vos dijiste, «Sí, pero la palabra escrita.» Y es que, Daniela, los negros ni siquiera hemos tenido la palabra oral, esa que se lleva el viento.

Robinson se levanta, señala el mar y me ordena.

—Ahora mismo vas a empezar a escribirlo. Que no se deshaga en el aire, como el grito melancólico del curré.

Le hago caso. Me levanto, voy a mi casa, saco papel y un bolígrafo y empiezo. Se me hace un nudo en la garganta. Empiezo por el principio. Escribo:

«Odiabas los boleros, Carlos Manuel...»